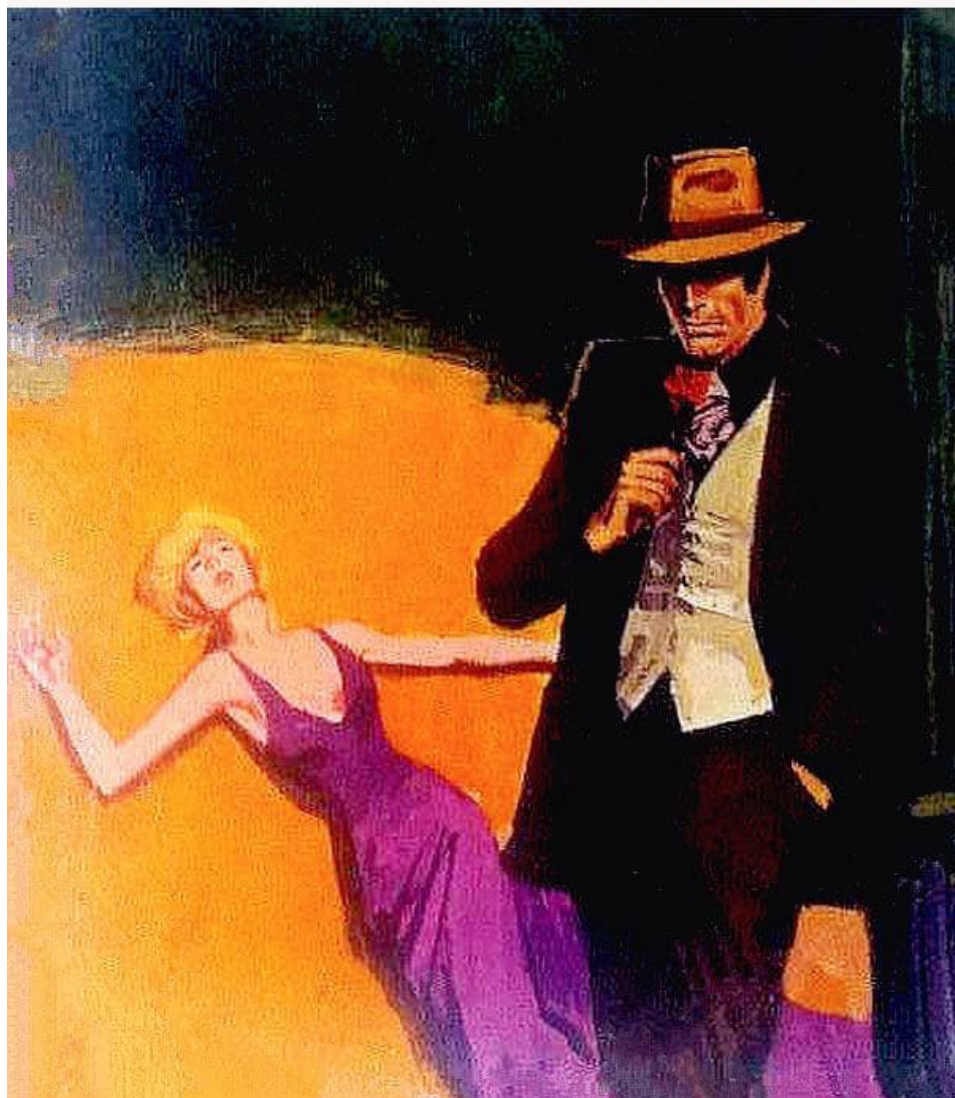




una camelia roja

KEITH LUGER



El teniente Mark Clyde, de la Brigada de Homicidios, estrechó la mano de su superior, el capitán Hannock.

—Hasta la vuelta, capitán.

—Se ganó bien las vacaciones, Mark. ¿Dónde las va a pasar?

—En un pueblecito marinero del Maine.

También publicada por Editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 65, en el año 1963.



Keith Luger

Una camelia roja

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1271

ePub r1.0

Lds 20.06.18

Título original: *Una camelia roja*

Keith Luger, 1963

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El teniente Mark Clyde, de la Brigada de Homicidios, estrechó la mano de su superior, el capitán Hannock.

—Hasta la vuelta, capitán.

—Se ganó bien las vacaciones, Mark. ¿Dónde las va a pasar?

—En un pueblecito marinero del Maine.

—Será mejor que no me diga el nombre —rió el capitán—. Así no podré llamarle en caso de urgencia.

—Ya contaba con eso, capitán, y le hubiese dicho un nombre distinto.

Hannock se echó a reír.

—No se crea indispensable, muchacho. Hubo momentos en que también pensé lo mismo respecto a mí —dijo un suspiro—. Y la caída fue malísima.

El teniente hizo un saludo y se dirigió hacia la puerta.

—¿Alguna mujer, Mark? —preguntó el capitán.

Clyde se volvió.

—Tengo la esperanza de encontrarla allí.

—Tenga cuidado. Un soltero en vacaciones es como un pez dispuesto a tragar el anzuelo.

—Tomaré todas las precauciones para apartarme de las pescadoras.

El teniente salió del despacho de Hannock. Sus hombres de confianza, los inspectores Rand Flavin y Edgar Graham, jugaban una partida de damas.

El teniente se acercó a ellos.

Flavin estudiaba atentamente el tablero porque le tocaba jugar a él.

El teniente atrapó una de las fichas y la hizo saltar eliminando a

tres contrarias.

Graham alzó la cara amigando la nariz.

—Le tenía acorralado, teniente... ¿Por qué tuvo que echarle una mano?

En aquel momento el teléfono de la mesa empezó a sonar.

El teniente era quien estaba más cerca y se dispuso a tomar el auricular, pero Flavin puso una mano sobre la de su jefe.

—Teniente, no haga eso.

—¿Por qué?

—Ya empezó sus vacaciones. Lárguese cuanto antes.

Mark consultó su reloj y luego desvió la mirada hacia el que había en la pared.

—No empiezo hasta dentro de cuatro minutos.

Flavin dio un suspiro.

—¿Cuándo va a olvidar el reglamento, teniente?

Mark Clyde le sonrió tomando el auricular.

—¿Sí? —dijo.

—¿Brigada de Homicidios...?

—Así es.

—¿Con quién hablo?

—Teniente Mark Clyde.

—Es una suerte, teniente Clyde. —Era una voz ronca—. He leído muchas cosas acerca de usted.

—¿Quién llama...?

—No puedo decírselo, teniente.

Clyde hizo una señal a Flavin. Quería decir que escuchase por la desviación y que tratase de localizar la llamada.

—¿Por qué no puede decírmelo? —inquirió el teniente al ver que Flavin ya había alcanzado el supletorio.

—Es una cuestión de ética.

—No le comprendo, pero dígame qué desea.

—Quiero cumplir un deber cívico, teniente Clyde.

—Eso está bien. ¿De qué se trata?

—Van a asesinar a cinco mujeres.

—¿Cinco nada más?

—No me cree, ¿verdad...?

—Claro que sí, amigo, claro que sí —miró a Flavin y vio que éste se apoyaba el dedo índice en la sien y lo hacía rodar.

Graham se ocupaba de localizar la llamada.

—No, teniente —prosiguió el desconocido—. Usted no tiene ninguna confianza en mí, pero muy pronto creará.

—¿Quién es la persona que va a asesinar a esas cinco mujeres?

—Yo, teniente.

—Le felicito. Va a ser todo un récord.

—Quiero probarme a mí mismo unas cuantas cosas y decidí que sólo lo conseguiría de ese modo.

—Fue usted muy amable al avisarnos.

—Quiero llevar mi amabilidad hasta decirles algo más respecto a los asesinatos.

—Adelante. No se quede nada en el buche.

—Todas ellas se llamarán Camelia.

—Un hermoso nombre.

—Empezaré muy pronto mi trabajo, teniente... Muy pronto... Ya lo tengo todo dispuesto.

Inmediatamente sonó el clic anunciando que la comunicación había quedado interrumpida.

El teniente Clyde dejó lentamente el auricular en la horquilla. En aquel momento se acercó Graham.

—Llamaron desde un locutorio público en la calle Sesenta y Dos. El coche nueve ya está en camino.

—Demasiado tarde. Cuando lleguen no estará.

Flavin se acercó a ellos.

—Un chiflado, teniente. Eso es.

—Seguro —asintió Clyde.

—Ya pasaron los cuatro minutos.

—Esperaré un poco.

—¿A qué?

—A que llame el coche patrulla número nueve. ¿Tiene inconveniente, Flavin?

—No, jefe. Usted es el que manda, pero ¿puedo hacerle una pregunta?

—Permiso concedido.

—¿Cuándo sale el tren?

—Dentro de una hora. ¿Algo más, inspector?

Flavin emitió un gruñido y señaló a Graham el tablero.

—Anda, te concedo la revancha.

—Pero esta vez el teniente no se tiene que molestar por nada. Ya empezó a descansar, aunque todavía no haya salido su tren. —Si fue un chiste escríbemelo en una tarjeta postal— dijo Clyde. Se dirigió a la botella del agua y tomó un vaso de papel.

En aquel momento, el teniente Paul Reedbeck, a cuyas órdenes iban a trabajar ahora Flavin y Graham, entró en la comisaría.

—¿Todavía aquí, Mark? Creí que ya estarías camino de tu nido.

Flavin miró a los dos tenientes. No se llevaban bien. Había cierta enemistad entre ellos. Era algo que nunca había podido desentrañar. Desde que un año atrás Mark Clyde fue destinado a aquella comisaría, Reedbeck había aprovechado cualquier oportunidad para zancadillearlo.

—Sólo me quedaré un rato —contestó Clyde y, después de beber el agua, arrugó el vaso y lo arrojó a la papelería.

—Eh, teniente Clyde —llamó el operador—. Habla el coche nueve. Encontraron a una mujer en el locutorio. Estaba llamando a su cuñada para interesarse por su salud. El nombre de ella es Anne Clijton. Cuando llegó a la cabina no había nadie. Los chicos esperan instrucciones.

—Que dejen libre a esa mujer y continúen haciendo la ronda.

—Sí, señor.

Reedbeck miró a Clyde con el ceño fruncido.

—Creí que yo era el jefe.

—Hicieron una llamada cuando yo todavía le era.

Reedbeck inspiró profundamente.

—¿De qué se trata?

—Un tipo se tomó la molestia de anunciar que iba a matar a cinco mujeres. Todas tendrán el mismo nombre. Camelia.

—¿Y lo has creído?

—Nunca se sabe cuándo un informador anónimo habla en serio.

—Debería escribir eso en el decálogo del buen policía.

Clyde sacudió la cabeza.

—Buena suerte.

—Lo mismo digo, Clyde. Cuando vuelvas, te contaré cómo se produjeron esos cinco asesinatos —había mucha ironía en la voz del teniente Reedbeck.

Clyde fue hasta donde estaban los inspectores. Observó el tablero y tomó otra vez una de las fichas que correspondían a Flavia

haciéndole pegar tres saltos.

—¡Teniente, por favor! —exclamó Graham.

Clyde hizo un saludo con la mano y salió de la comisaría.

* * *

Mark Clyde terminó de meter la ropa en la maleta.

La señora Andrews apareció en el hueco de la habitación con la cabeza cubierta por un trapo y una escoba en la mano.

—El taxi está esperando desde hace quince minutos, señor Clyde.

—Gracias, ahora mismo salgo.

—Ya tenía ganas de que se tomase un descanso, señor Clyde. Trabajó mucho durante estos últimos meses... A veces me pregunto cómo ha podido resistir durmiendo tres o cuatro horas.

—Uno se acostumbra a todo.

—Lo que debe hacer ahora es dormir a pierna suelta. —Es justamente lo que voy a hacer, señora Andrews.

Clyde atrapó su valija y, cuando salía, dio una palmada en la mejilla de la señora Andrews.

—Cuídese, señora Andrews.

—Es usted quien debe cuidarse más.

La obsequió con una sonrisa y echó a andar por el corredor.

De repente, sonó el teléfono de su habitación y se detuvo.

—No haga eso —dijo la señora Andrews—. Debe ser alguno de sus amigos pesados que quiere desearle un buen viaje... Mi hermana Ruth decía que la excesiva educación es molesta.

Seguía sonando la campanilla. La señora Andrews dejó la escoba en el corredor, apoyada en la pared, diciendo:

—Está bien, yo lo atenderé.

La señora Andrews ya había descolgado el auricular.

—¿Sí...? ¿El señor Clyde...? ¿Quién le llama...? ¿No es usted policía...? Lo siento, pero el señor Clyde ya se marchó.

—¿Quién es? —preguntó Clyde.

—No quiso decir su nombre —dijo la señora Andrews cubriendo el micro. Mark dejó la valija en el suelo.

—Déjemelo.

—Oh, no —dijo la señora Andrews—. Recuerde que el taxi le

está esperando.

—Me iré ahora mismo. —Mark cogió el auricular—. Teniente Clyde al habla.

—¿Qué le pasa, teniente? ¿Por qué se va?

Era la misma voz que había oído antes en la comisaría.

—Hoy comienzo a disfrutar mis vacaciones reglamentarias.

—Qué lástima... Me hubiese gustado enfrentarme con usted.

—Estupendo. Se lo iba a proponer... Dígame dónde le puedo encontrar y me reuniré con usted en unos minutos... ¿Qué prefiere? ¿Judo...? ¿Boxeo...?

—No, teniente. Usted podría físicamente conmigo. Esto iba a ser una lucha de cerebros. —¿Ajedrez?

—Sólo metafóricamente, teniente. Sería una partida entre usted y yo. Una partida en cinco tableros... Con cinco mates...

—Quisiera hacerle una pregunta y espero que no le moleste.

—Desde luego que no, teniente.

—¿De qué sanatorio mental se ha escapado?

Hubo una pausa y luego le llegó una risa a través del cable.

—No, teniente. No he estado en ningún sanatorio mental.

—En ese caso, le sugiero haga una visita urgente al psiquiatra más próximo.

La risa había empezado suave, como si escapase entre dientes, pero ahora se hizo más sonora. Había algo extraño en aquella risa.

—De modo que se va, ¿eh, teniente?

—Sí, me voy.

—Bueno, usted se lo pierde.

—¿Qué es lo que me voy a perder?

—Empezaré a matar esta noche.

—¿Desde dónde llama?

—Desde otro locutorio público... ¿Sabe una cosa? Vi a sus compañeros llegar en el coche patrulla cuando fueron por mí al locutorio de la calle Sesenta y Dos. Encontraron a una mujer.

—¿Dónde estaba usted?

—Muy cerca, pero ellos no me vieron. Ahora ocurriría lo mismo, teniente, de modo que no hace falta que se moleste en llamar a otro de sus coches patrulla. Conmigo no le va a servir su maravillosa organización.

—Bravo, le felicito. Usted va a poder con centenares de policías.

—Espero demostrarle que mis esperanzas son fundadas... Bueno, teniente, no sé dónde va a disfrutar sus vacaciones reglamentarias, pero imagino que hasta ahí llegarán los diarios. Espero que mis aventuras le hagan pasar un rato divertido —inmediatamente cortó la comunicación.

La señora Andrews estaba mirando a Clyde con la boca abierta.

—¿Quién es, señor Clyde?

—Un bromista.

—Es lo que yo suponía —sonrió la señora Andrews—. Perdone que insista, pero... —Sí, señora Andrews, el taxi está esperando...— Clyde disco el número de la comisaría. —¿Flavin?

—El mismo, teniente Clyde.

—Acaba de llamar otra vez.

—¿Para qué?

—Lo planteó como un desafío entre él y yo.

—Vaya, un tipo aventajado.

—Habló de cinco tableros con cinco mates.

—Un tablero por mujer.

—Sí, eso creo. ¿Qué hay del nuevo jefe?

—Está en el archivo. Ya conoce su manía. Quiere cazar a Ewart Frome, el asesino de la corbata de lazo.

—Ewart Frome no se encuentra en la ciudad. Nuestros confidentes nos informaron bien.

—Pero ya conoce la opinión del teniente Reedbeck respecto a los confidentes. Sólo son unos traidores, unos obstáculos en nuestro camino.

—¿Qué ha dicho del tipo de las Camelias?

—No hizo el menor comentario y yo de usted tampoco me preocuparía.

—Ese tipo no hizo ninguna llamada después que salí, ¿verdad, Flavin?

—No, teniente.

—Sin embargo, supo dónde encontrarme.

—Hay muchas personas que conocen su domicilio, teniente, y también el mío.

—Pero él también estaba al corriente de que yo empezaba hoy mis vacaciones.

—¿Dónde quiere ir a parar?

—A nada en particular, Flavin. Quizá le esté dando demasiada importancia a algo que no la tiene.

—Seguro, teniente. Atrape su tren y envíelo todo al diablo.

—Es lo que voy a hacer. Ah, Flavin, ese fulano dijo que empezaría esta noche.

—¿No dijo que no iba a preocuparse?

—Vete al infierno —dijo Mark y colgó.

La señora Andrews se había puesto a barrer la habitación.

Clyde soltó un gruñido como despedida, tomó la valija en el corredor y poco después se introducía en el taxi.

El conductor le llevó a la estación en quince minutos. Faltaban ocho para que saliese su tren.

Adquirió en el quiosco un diario y una bolsa de caramelos ácidos. Luego caminó por el andén número siete.

Algunos viajeros se estaban despidiendo de sus familiares.

Subió a su compartimiento donde tenía la reserva y dejó la valija en la red.

Encendió un cigarrillo y se asomó a la ventanilla.

Pensó en aquel pueblecito del Maine. Se llamaba Wilson. Su población no llegaba a los trescientos habitantes, pero eran gente sencilla y buena. No había estado allí desde tres años atrás. Se pasaría los días pescando entre las rocas del cabo Gerr.

De pronto oyó la voz de una mujer.

—Cuídate mucho, Camelia, y recuerda que has de dar de comer a los canarios. Miró a la joven que se llamaba Camelia. Tendría diecisiete años, y era muy bonita, de cabello negro y ojos grandes.

—Sí, abuela. No se me olvidará. Puedes irte tranquila. Además, no voy a estar sola, tengo a mis cinco hermanos.

—Es lo que me inquieta, dejarte con esos cinco diablos.

La joven reía enseñando una blanca dentadura. Sus ojos eran alegres. Estaban llenos de vida. Un hombre iba a matar a cinco mujeres cuyo nombre era como el de aquella muchacha: Camelia.

¡Al diablo! El tipo sólo era un chiflado... ¿O no lo sería?

La máquina del tren dio un pitido.

El teniente Clyde apretó los maxilares con fuerza mientras recordaba las palabras del desconocido: «Una partida en cinco tableros... con cinco mates...».

Tropezó con un viajero al darse la vuelta rápidamente y pidió

perdón. Entró en su compartimiento y atrapó la valija.

Clyde se abrió paso por el corredor e invirtió medio minuto en llegar hasta la portezuela.

El tren estaba tomando velocidad.

Tuvo tiempo todavía para saltar al andén.

CAPÍTULO II

El capitán Hannock escuchó al teniente Mark Clyde. Levantó la mano con la que sostenía un cigarro que se le había apagado y observó la ceniza.

—Es absurdo que haya interrumpido su viaje por ese motivo, Clyde.

—Me pareció que el hombre hablaba en serio, aunque me gustaría equivocarme.

El teniente Reedbeck, que asistía a la entrevista apoyado en la pared, los brazos cruzados, dejó escapar una risita.

—No sabía que Clyde creyese en los cuentos de aparecidos.

—De todas formas, debemos adoptar medidas —dijo Clyde, ignorando las palabras de Reedbeck.

—¿Y qué medidas aconseja? —inquirió.

—En primer lugar, me gustaría saber cuántas mujeres en esta ciudad tienen el nombre de Camelia. Luego, sólo se me ocurre una cosa. Darles protección.

El capitán hizo gemir los muelles de su sillón giratorio al volverse hacia el mapa de la ciudad que había adherido a la pared.

—¿Sabe cuál es la población de esta comunidad, Clyde?

—Un millón ciento ochenta y cinco mil habitantes.

—¿Cuántas mujeres cree que se llaman Camelia?

—Lo ignoro.

—La mujer que nos hace la limpieza en casa tres veces a la semana se llama Camelia.

—Yo conozco otra —intervino el teniente Reedbeck—, una chica que vende helados en la cafetería Oaklam, en la calle Veintisiete.

—He tropezado con un par de ellas —dijo Clyde—, pero creo que sabremos el número exacto si enviamos un par de hombres a la

oficina del censo.

—Es ridículo, Clyde —rezongó el capitán—. Sólo se trata de un tipo que le ha tomado el pelo.

—Insisto en que se haga esa gestión, capitán.

Hannock alzó los ojos mirando al teniente Reedbeck.

—Capitán, el teniente Clyde está de vacaciones. No puede incorporarlo al servicio a menos que se produzca una emergencia. Yo estoy al frente de los hombres de la Brigada, y los muchachos tienen demasiado trabajo para ocuparse en algo que sólo les va a hacer perder el tiempo.

Hannock emitió un gruñido.

—No, Clyde. No puedo satisfacerle.

—Muy bien, capitán. Sólo quise tranquilizar mi conciencia.

—Acepte un consejo, muchacho. Váyase a ese pueblo del Maine tal como tenía proyectado.

—Ya perdí mi tren, capitán.

—Saldrá otro hoy. Además, tendrá autobuses o un avión que le pueda dejar cerca del lugar que ha elegido para disfrutar sus vacaciones.

Clyde permaneció pensativo unos instantes, y finalmente sacudió la cabeza.

—Esperaré a mañana. Nuestro amigo de la fábula dijo que empezaría a trabajar esta noche. Si todo fue una chifladura, podré marcharme tranquilo.

—Estoy seguro de que no pasará nada —dijo el capitán.

—Yo también —sonrió el teniente Reedbeck.

Clyde les miró a los dos, pero no dijo nada. Pensó en que Hannock y Reedbeck se podían equivocar, en cuyo caso en la ciudad había una mujer llamada Camelia que moriría aquella noche.

* * *

Camelia Brown observó a los hombres que se apiñaban alrededor del círculo en donde los gallos iban a contender.

Era un mundo desconocido y excitante para ella.

Tony Clifton al fin se había decidido a llevarla allí. Tony le había hablado de ello, de qué forma los gallos se atacaban con sus

espolones de acero y cómo aquella lucha resultaba emocionante.

Habían empezado a cruzarse las apuestas. Cada uno de los *managers* mostraba un gallo para que todos pudiesen examinarlos.

Camelia miró a Tony Clipton, quien movía los maxilares masticando goma.

—¿Por cuál vas a apostar, Tony?

—Tiene más poder el rojizo.

—Todos se inclinan por él.

—Sí, nena. Así es. Sus patas son fuertes y da la impresión de que, al primer movimiento, degollará a su enemigo.

—Yo apostaría por el blanco, Tony.

—¿Por qué? Anda, dime una razón...

—Quizá porque me es simpático. Es más pequeño, pero puede resultar más escurridizo, ya me entiendes.

Tony rió sin dejar de mirar a los gallos.

—Eso sí que está bien —dijo—. Es la primera vez que vienes y ya quieres saber más que todos.

Tony colocó cien dólares al gallo rojo.

Los jueces estaban examinando a las dos aves que iban a contender.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Camelia Brown.

—Pura precaución, nena. A veces los *managers* recurren a juegos sucios... No es frecuente, pero hoy día, con el plástico, se pueden hacer muchos fraudes. Al principio hubo tipos que recubrían algunas partes del cuerpo del gallo con una pequeña membrana que resultaba muy resistente. Han de cerciorarse de que los gallos sólo tienen plumas y su propia piel.

—Doscientos dólares al blanco —dijo el hombre que había a la izquierda de Camelia. Instintivamente, la joven le observó. Era un hombre de talla más que mediana, moreno, rostro bien parecido. Se cubría con traje y sombrero oscuro, camisa blanca y corbata azul.

Él se sintió observado y la miró sonriéndole.

Tony pegó con el codo en el brazo de Camelia.

—Eh, nena..., ya va a empezar.

Los hombres que sostenían los gallos se acercaron.

Uno de los jueces tocó un silbato.

Los gallos fueron dejados en libertad y se atacaron furiosamente, al tiempo que ascendían en el aire.

Las patas armadas con los espolones de acero salieron disparadas para cumplir su misión.

El gallo rojo alcanzó en un costado a su enemigo, pero éste logró hundir su espolón en el muslo del otro.

Las plumas revolotearon por el aire.

Los dos animales, fuertemente enlazados, cayeron en el suelo. El gallo rojo quedó encima del blanco y le asestó otro espolonazo casi en el mismo sitio que antes.

La sangre brotó a borbotones de las heridas.

El juez tocó el silbato y cada uno de los cuidadores atrapó su gallo. El del blanco le succionó el pico sanguinolento. Luego escupió al polvo.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Camelia.

—Para cortarle la hemorragia.

El recinto donde se celebraba la pelea habíase convertido en una jaula de locos. Los agentes apostadores gritaban con voz enronquecida. Ya no había nadie que colocase su dinero por el gallo blanco.

Dieron otra vez la señal para continuar el combate.

Igual que antes, los hombres que sostenían los gallos se aproximaron uno a otro.

Los animales se miraban con los ojos brillantes de fiera.

Los cuidadores soltaron a los gallos y éstos se atacaron furiosamente mientras volaban hacia el techo.

El blanco, a pesar de estar malherido, voló más alto que el rojo.

El espolón del blanco se hundió en la garganta del gallo rojo, mientras los de éste sólo hacían que rasgar el aire.

Entre los espectadores se produjo un rugido.

Los dos gallos siguieron acuchillándose en el descenso.

Ahora el rojo trató de recuperar la ventaja perdida, pero ya atacaba ciegamente, aunque su espolón se volvió a hundir en el pecho del blanco, pero éste, antes de caer al suelo, volvió a hundir su terrible arma en el cuello del rojo. La sangre manchó las plumas de los dos bravos peleadores.

El gallo rojo se ahogaba, no podía respirar porque la sangre se lo impedía. Burbujas rojizas escapaban de la herida que su enemigo le había abierto en la garganta.

De pronto dobló la cabeza y murió.

El gallo blanco estaba también tendido en el suelo, no podía levantarse, pero alzó el cuello y lanzó un graznido de triunfo.

Sólo muy pocos espectadores aplaudieron el final del combate, uno de ellos el hombre del traje oscuro y la corbata azul.

—Enhorabuena —le dijo Camelia Brown.

—Gracias, señorita —le contestó él.

Tony Clipton dejó escapar una imprecación.

—Ya te lo advertí, Tony, Debiste apostar por el blanco.

—Déjame en paz. Perdí cien dólares.

—Los recuperarás en la próxima pelea.

—No hay próxima pelea. Era todo cuanto tenía... Bueno, sólo me quedan un par de dólares.

—Apuéstalos.

—¿Qué iba a ganar con dos dólares...? Anda, vámonos. Necesito ver a Lou... Le encontraremos en el *dancing*.

El hombre del traje oscuro sonrió a Camelia cuando ésta se marchaba. La joven se dijo que era un hombre muy apuesto y que gustosamente le hubiese cambiado por Tony. Conocía bien a Tony y sabía que estaría toda la tarde malhumorado porque había perdido sus cien dólares.

Salieron del almacén donde se celebraban clandestinamente las peleas de gallos.

Tony condujo su automóvil a una velocidad excesiva, porque estaba nervioso.

—Ese gallo rojo era un bastardo... ¿Por qué infiernos no le cortó el cuello al otro de una sola vez?

Camelia encendió dos cigarrillos y puso uno en los labios de Tony.

—Fuma. Te sentará bien.

—Me trajiste la negra, chica. Eso fue. Nunca quise entrar en ese local con una mujer...

—No sabía que fueses supersticioso.

—Lo tomas a broma, ¿eh?

—¿Crees que mi presencia pudo influir en que el gallo blanco ganase?

—Ya basta, nena.

—Como tú quieras, Tony.

Tony pagó un dólar por entrar en el *dancing*.

—Tengo ganas de bailar —dijo Camelia.

—No hemos venido aquí a bailar. Sólo quiero hablar con Lou. En la pista de baile había medio centenar de parejas.

Lou bebía un *whisky* en el bar en compañía de una muchacha.

—Quédate aquí, Camelia —dijo Tony y, antes de que la joven pudiese decir nada, echó a andar hacia el lugar donde había descubierto a Lou.

Camelia Brown se encogió de hombros. Vio cómo Tony llegaba junto a Lou. Los dos se pusieron a hablar gesticulando. Finalmente, Lou sacó algo del bolsillo y se lo entregó a Tony. Éste le pegó una palmada en la espalda y se apartó de él.

Tony se detuvo ante Camelia.

—Bueno, nena. Ya tengo fondos... Lou es un buen chico... Me prestó cincuenta dólares.

—¿Volveremos a aquel sitio?

—No, nena. Tú te quedas aquí esperándome.

—Pero, Tony, ¿qué voy a hacer yo aquí sola?

—Tú ya sabes que no soy celoso... Puedes bailar con algún muchacho, pero quiero verte aquí cuando vuelva.

—¿Cuándo va a ser eso?

—Más o menos dentro de una hora.

—Entonces, prefiero que me dejes en mi casa.

Tony alzó la mano y le tomó la barbilla.

—Yo soy el que manda, Camelia. Estarás aquí cuando regrese.

Camelia sabía cómo las gastaba Tony. Varias veces la había abofeteado.

—Está bien, Tony. Te esperaré.

—Así está mucho mejor.

Tony se apartó de ella con una sonrisa de jactancia.

Camelia le vio salir.

—¿Quieres bailar? —Oyó una voz.

Era un muchacho rubio que se cubría con un jersey y pantalones de vaquero.

La pieza era un *twist* y el muchacho resultó un buen bailarín. Los dos hicieron diabluras en la pista. Cuando terminaron, el muchacho del jersey dijo:

—Anda, te invito a una cerveza. Creo que nos la hemos ganado.

Cuando iban hacia el bar, Camelia descubrió al hombre del traje

oscuro que había apostado los doscientos dólares por el gallo blanco.

Él la estaba mirando a ella y le hizo una inclinación con la cabeza.

Camelia le correspondió con una sonrisa.

—Perdona, chico —dijo al bailarín—. Veo allí a un amigo.

—Siempre me pasa lo mismo —repuso el rubio—. Cuando encuentro una chica que me puede acompañar, se me escapa de las manos.

Camelia caminó resuelta hacia el hombre del traje oscuro que se había apoyado en una columna.

—Hola —dijo.

Él le sonrió enseñándole unos dientes parejos y muy blancos.

—Podría decir que el mundo es un pañuelo, pero sería una tontería.

—Me seguiste.

—Sí, y calculo que me has ocasionado una pérdida de un centenar de dólares.

—Pudiste quedarte allí. Yo iba acompañada.

—¿Quién es él? ¿Tu novio?

—Sí.

—Parece un muchacho muy vivo.

—Tony se lo ha creído demasiado.

—¿Por qué te dejó?

—Dice que las mujeres le dan mala suerte en las riñas de gallos.
—De modo que se largó otra vez allá.

—Sí. Dijo que tenía para una hora.

El hombre del traje oscuro sonrió.

—Siempre serán dos.

—¿Bailamos?

—No me gustaría hacerlo aquí.

—¿Por qué no?

—Prefiero un lugar un poco más íntimo. Camelia se pasó la lengua por los labios. —Pero Tony ha de encontrarme aquí...

—Ya entiendo, le tienes miedo.

—No, no le tengo miedo, pero ya te dije que es mi novio. —Él te ordenó que lo esperases en este lugar y has de ser una ovejita obediente.

Ella le miró a los ojos.

Notó algo raro, indescifrable en la mirada de él. Sintió un escalofrío por la espalda y no supo si era de agrado.

Él le sonrió otra vez.

—¿Vamos, nena?

Camelia no dijo nada, pero echó a andar y él la tomó del brazo, encaminándose las dos hacia la puerta.

CAPÍTULO III

El teniente Mark Clyde estaba construyendo un templo chino con mondadientes.

Encontrábase solo, en la mesa del fondo del bar Pastchetti.

Iba a dar por terminada la construcción cuando una mano se le adelantó colocando el mondadientes en el sitio preciso.

Clyde alzó los ojos y, al ver a la joven qué tenía ante sí, arrugó la nariz.

—Tuve la esperanza de no verla durante unas semanas.

—Yo también, teniente Clyde. Me dijeron que se iba de vacaciones... ¿Qué le hizo suspenderlas?

—A última hora me anunciaron que en el pueblo que había elegido para descansar se habían producido las tifoideas.

—Debió ir entonces, teniente. Quizá con esas fiebres se hubiese vuelto más humano —la joven sonrió—. ¿Me invita?

—¿Va a perder conmigo su precioso tiempo, señorita Fleming?

—No he de ir por la redacción hasta dentro de una hora. Puedo concederle unos minutos, teniente.

Cynthia Fleming se sentó frente a Clyde. Era periodista del *Star*, uno de los redactores de sucesos. Bonita, inteligente y audaz. Su cabello era negro lo mismo que sus ojos, la nariz un poco respingona, los labios gordezuelos.

El teniente hizo una señal a Bill, el mozo.

—¿Qué va a tomar, señorita Fleming?

—Lo que usted.

—Dos *whiskys*.

Bill se marchó hacia el mostrador.

—¿Qué opina de Landrú, teniente? —preguntó Cynthia.

El teniente entornó los ojos observando el bonito rostro de la

periodista.

—¿Quién le habló de ello?

—¿A qué se refiere, teniente?

—No se ande con rodeos. Alguien le ha hablado del asunto.

La joven sacó un paquete de cigarrillos del bolso.

—¿Fuma, teniente?

—No —respondió Clyde con acritud—. Lo que quiero es que conteste a mi pregunta. —Usted ya Conoce mi forma de trabajar, teniente Clyde. Jamás digo cuál es mi fuente de información.

—Creo que en este caso no hace falta que lo diga. Fue el teniente Reedbeck.

Ella no afirmó ni negó. Prendió el cigarrillo con la llama de un encendedor de gas. Mientras arrojaba dos chorritos de humo por los agujeros de la nariz, dijo:

—Usted fue la última persona que habló con ese desconocido, teniente. Hábleme de su voz.

—No hay nada que hablar.

—Parece olvidar algo muy importante, teniente.

—¿El qué?

—Un principio de moral básica. Los ciudadanos a cuyo servicio está usted tienen derecho a saber si entre ellos hay un asesino sádico.

—Por favor, señorita Fleming, no soy uno de sus lectores. Deje de aderezar sus frases con palabras altisonantes.

—Oh, sí, teniente, perdone, lo olvidaba... Usted es un hombre todo sobriedad.

Bill se acercó con los dos *whiskys* que dejó sobre la mesa.

La joven tomó su vaso y Jo alzó brindando:

—Porque sus temores sean infundados y pueda al fin marcharse de vacaciones.

—Porque algún día deje de ser hipócrita.

Ella se echó a reír.

—¿No cree que mi deseo es sincero?

—No, señorita Fleming. A usted le gusta el sensacionalismo y, si ese desconocido cumple su palabra, tendría los ingredientes que necesita para cautivar a sus lectores.

—Tiene un pobre juicio de raí.

—No fui yo quien lo inventé.

El teniente Clyde se puso en pie.

—Perdone, señorita Fleming, pero me tengo que marchar. —
¿Por qué me tiene miedo?

Clyde le sonrió.

—¿De dónde saca eso?

—Se pasa la vida huyendo de mi lado. ¿Me encuentra poco atractiva?

—Oh, no, señorita Fleming. Usted es seductora.

—Bravo, teniente. Continúe.

—Sé que emplea su coquetería con los policías para conseguir información.

—Tocada. Descubrió mi gran secreto.

—Desde un principio supe cómo era y decidí apartarme de usted.

—¿Por qué, teniente? ¿Temió caer en mis redes?

—Usted antes habló de un principio de moral básica. Yo diré otra. Una profesión que debe ser considerada como un servicio público, ha de ejercerse con absoluta honradez.

—Teniente, no abuse de que es usted un hombre.

—Aproveché este momento en que nos hemos dicho las verdades a la cara.

—Entonces, dígame otra verdad.

—Es mejor que lo dejemos así. Buenas noches, señorita Fleming. Clyde hizo un saludo y se alejó de la mesa saliendo poco después del local.

Eran las once de la noche.

Echó a andar hacia la comisaría donde prestaba sus servicios, aun cuando ahora se encontrase oficialmente en vacaciones.

El operador le anunció:

—Todo tranquilo, teniente... Bueno, hubo un par de casos, pero no tienen relación con lo suyo.

«Lo suyo» era el desconocido que había amenazado con matar a cinco mujeres advirtiéndole que empezaría aquella noche.

El inspector Harley Casson leía un diario de la noche.

Otro inspector, Lewis Madras, se entretenía en descifrar un crucigrama.

Los dos saludaron al teniente.

Clyde se sentó ante una mesa y encendió un Cigarrillo.

En la sala se hizo un silencio profundo.

Al cabo de un rato el operador empezó a hablar:

—¿Coche patrulla...? Sí, Roger... Corriente.

El hombre que hacía el crucigrama alzó los ojos.

—¿Sí, Norman?

—Capturaron a Matthew Shipps. Jugaba una partida con dados cargados. Se resistió y le tuvieron que dejar sin conocimiento.

—¿Dónde fue?

—En lo de Slesar.

Lewis dejó el diario, se guardó el bolígrafo en el bolsillo superior de la chaqueta, y salió de la comisaría.

Poco después entró el inspector Rand Flavin.

—Ah, hola, teniente.

—¿Cómo te va, Flavin?

—Tengo los pies molidos. El teniente Reedbeck me hizo recorrer los hoteles y pensiones de cinco calles. Nunca he subido tantas escaleras. Debían obligar a poner ascensores en las casas de más de dos pisos... No hay quien lo convenza de que Ewart Frome se encuentra fuera del país.

—¿Dónde está el teniente?

—Se empeñó en hablar con Olsen, uno de los confidentes. Una venilla se hinchó en la sien del teniente Clyde.

—¿Hizo eso?

—Quizá no le encontró.

—Reedbeck sabe dónde hallarlo.

—Reedbeck dice que Olsen sabe más de lo que nos ha dicho. En aquel momento entró el teniente Reedbeck. Al ver a Clyde, sus ojos brillaron más.

—Quiero hablar contigo, Reedbeck —dijo Clyde.

Reedbeck entró en el despacho del capitán y Clyde fue tras él. —¿De qué se trata, Clyde?— preguntó Reedbeck.

—¿Qué pasó con Olsen?

—Me cansé de que ese bastardo nos tomase el pelo.

—¿Qué le hiciste?

—No creo que le haya roto una costilla.

Clyde apretó los maxilares.

—Le pegaste una paliza.

—Tuve que defenderme. Él fue el primero en atacar.

—No te creo, Reedbeck.

Éste esbozó una sonrisa.

—Eso está muy feo, Clyde. Olsen dirá que fui yo el que le golpeó, pero tú debes creer a tu compañero y no a un bastardo como él.

—Estás lleno de odio, Reedbeck.

—¿Por qué?

—Juré servir a la ley.

—Yo también.

—Olsen es un delincuente y no creo que sea servir a la ley formar sociedad con él. —No formo sociedad con Olsen. Nos ha prestado buenos servicios. Puedes mirar los archivos. Gracias a él hemos hecho tres detenciones durante este año.

—Sí, ya lo sé y con anterioridad, cuando estuviste en la otra comisaría, encerraste a muchos tipos gracias a Olsen... Yo no he llegado a ser teniente valiéndome de esas medidas. —¡Reedbeck!

—Tú has provocado esto, Clyde... Y quiero que sepas de una vez por todas cuál es mi opinión respecto a la gentuza como Olsen. Todos debían ser encerrados.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Reedbeck abrió. Era el inspector Flavin. No miró a Reedbeck, sino a Clyde.

—Una llamada para usted, teniente Clyde. No ha querido decir su nombre. Dice que es un amigo suyo. Le he pasado la comunicación.

Clyde fue hacia la mesa y atrapó el auricular.

—Teniente Clyde al habla.

—Buenas noches, señor Clyde. —Era el desconocido—. Sabía que no se marcharía, que suspendería su viaje a última hora... No me he engañado. —¿Sólo llama para cerciorarse de que suspendí mis vacaciones?

—No. Ése no es el único motivo. Ya acabó la partida en el primer tablero... Maté a la primera mujer.

—No le creo en absoluto.

El hombre que había a la otra parte dio un suspiro.

—Es usted muy escéptico, teniente, pero dentro de unos minutos sabrá que no le engaño. Encontrará a una mujer estrangulada en el callejón de Green Apple. Ah, su nombre es Camelia... Camelia

Brown... Buenas noches, señor Clyde.

CAPÍTULO IV

—Le juro que le digo la verdad, teniente —afirmó Tony Clipton—. Dejé a Camelia en el *dancing*. Le dije que me esperase allí y que para entretenerse podía bailar con quien quisiese. Yo me presenté al cabo de casi dos horas y Camelia ya no estaba allí. Entonces me largué a su casa. Camelia tiene cuatro hermanos. Hablé con el mayor, Joshua. Me dijo que Camelia no había vuelto. Entonces me fui a mi apartamento. Yo estaba durmiendo cuando sus hombres me despertaron... Ahí lo tiene todo contado. ¿Cuántas veces quiere que se lo repita?

El teniente Reedbeck avanzó sobre Tony y se plantó ante él con los brazos en jarras.

—¿Quién se acercó a ella en el baile?

—Y yo qué sé, teniente.

—¿Qué amigo tuyo había por allí?

—Ya se lo he dicho. Sólo dos.

El teniente Clyde estaba apoyado en la pared, escuchando el interrogatorio. Reedbeck hizo una señal a Flavin y éste abrió la puerta.

—Lou, pasa.

Entró un joven alto.

—¿Qué infiernos significa esto? No pueden detenerme.

Flavin le agarró por un brazo.

—No estás detenido. Sólo vienes aquí como testigo. Al menos por ahora.

—¡Silencio! —gritó el teniente Reedbeck—. Tu nombre.

—Usted lo sabe. Me acaban de llamar. Lou Killand.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en la ebanistería de mi tío Henry Clipper.

—¿Qué hacías en el *dancing* donde te encontró Tony?

—Bailaba y bebía..., bebía y bailaba.

—¿Viste a Camelia Brown?

—Sólo de lejos.

—¿Era tu amiga?

—Sólo una conocida. Una vez, Tony me la presentó.

—Tony te pidió cincuenta dólares y se reunió con Camelia Brown, ¿no es así?

—No me fijé. Yo estaba con una nena. Su nombre es Berta Warden. Puede preguntarlo.

Estuve todo el rato con Berta.

—Tony dice que dejó allí a Camelia y que se marchó.

—No sé nada de eso.

—¿No la viste por allí?

—Estaba distraído con Berta Warden. Bebíamos y bailábamos.

—Y cuando bebes y bailas no te fijas en lo que pasa a tu alrededor.

—No, señor. Sólo me fijaba en Berta. Es todo cuanto tengo que decirle.

El teniente Reedbeck cerró la mano derecha.

—Cuidado, teniente —dijo Lou—. No puede hacerme daño. Tengo un primo abogado. Golpéeme y se la gana.

Reedbeck dio media vuelta y, después de dirigir la mirada a Clyde, salió de la habitación.

Clyde fue tras de él.

Poco después, los dos entraban en el despacho del capitán.

Hannock estaba junto a la ventana y se volvió. Fumaba un grueso cigarro.

—¿Qué sacaste en claro, Reedbeck?

—Seguimos donde estábamos.

—Parece que Clyde acertó. Lo de ese hombre era verdad.

Reedbeck soltó un gruñido.

—Bueno —dijo el capitán—. Pondremos en marcha el plan que Clyde sugirió.

* * *

Eran las diez de la mañana.

—¿Qué dice ahora, capitán? —habló el teniente Reedbeck—. Hay trescientas cincuenta y seis mujeres en esta ciudad cuyo nombre es Camelia. ¿Cómo vamos a protegerlas?

—La idea es irrealizable —sacudió la cabeza el capitán.

—Sólo queda una solución, —dijo Clyde—. Se ha de dar a la publicidad la noticia del peligro que corren.

—¡Eso provocaría una ola de pánico en la ciudad! —protestó Reedbeck.

—La ola de pánico se producirá de todas formas. —Clyde sacó un periódico del bolsillo, el *Star*—. Esa periodista con la que hablaste, Cynthia Fleming, se encargó de explotar la noticia del crimen. Ahora todo el mundo sabe que hay un desconocido que está dispuesto a matar a otras cuatro mujeres que se llamen Camelia.

—Razón de más para que nosotros no aumentemos el pánico.

—Puede haber mujeres que lleven el nombre de Camelia y que no se enteren del peligro que corren. Todo el mundo no lee el diario y perderíamos mucho tiempo visitándolas en sus domicilios para avisarlas personalmente. Capitán, insisto en la divulgación de una nota para que esas mujeres adopten las precauciones más elementales a su seguridad.

—Creo que será lo mejor. Tú mismo te encargarás de su redacción.

—Yo soy quien lleva esto —protestó Reedbeck.

—¿Quién dice que no lo llevas, Reedbeck? Pero ya se ha producido el caso de emergencia. Desde este momento, el teniente Clyde trabajará con independencia.

Reedbeck se mordió el labio inferior.

—Como usted quiera, capitán.

—Usted es muy lista.

—No se enfade porque llegase casi al mismo tiempo que usted al callejón de Green Apple donde estaba la mujer asesinada.

—Usted cumplía una misión.

—Oh, teniente, me emociona su ecuanimidad, pero ni siquiera me saludó mientras yo daba vueltas por allí.

—Le destinaré un ejemplar de mis memorias cuando las escriba, para compensarla.

—¿Por qué esperar tanto tiempo? Quizá pasen veinte o treinta años antes de que escriba esas memorias... Podría ofrecérmelas

ahora por partes... Por ejemplo, infórmeme cada vez que el asesino le hable por teléfono...

—No, señorita Fleming. Tendrá que buscarse otra fuente de información.

—¿No se da cuenta de que es imprescindible sigamos dando publicidad a todo lo que se refiere a este caso? Suponga que hoy mismo le llama ese hombre para anunciarle que va a matar otra mujer. Mi director está dispuesto a tirar una edición extra anunciándolo.

—Su director tiene un alto sentido de lo que es la ciudadanía.

—No ironice, teniente. Después de todo, sería bueno para la víctima elegida. Ustedes mismos han dado a la publicidad una nota en ese sentido. Todas las Camelias deben preservarse de los desconocidos.

—Ésas no son las palabras.

—Bueno, pero es el sentido.

En aquel momento, se acercó Bill a la mesa.

—Señor, Clyde, le llaman al teléfono.

La joven sonrió.

—¿Me permite que le acompañe, teniente...? Quizá sea él.

El teniente se levantó.

—Quédese aquí, señorita Fleming.

—¿No le convendría que un testigo escuchase la voz de ese hombre?

—¿Quién le ha dicho que es ese hombre? Mis compañeros saben que estoy aquí. Será cualquiera de ellos.

Clyde entró en la cabina y se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada. A través de los cristales, vio a Cynthia que le sonreía.

Tomó el auricular y dio su nombre.

—¿Le estoy ocasionando muchas molestias, señor Clyde...? —dijo la voz grave del desconocido.

—Es usted un miserable.

—¿Qué le pasa, teniente...? ¿Está de mal humor...?

—Mató a una muchacha de dieciocho años.

—Fue mejor para ella.

—¿Por qué fue mejor...? Tengo curiosidad por conocer sus opiniones.

—Era una mujer coqueta, una muchacha que hubiese

ocasionado la perdición de muchos hombres... Ya dejó de hacer daño. —De modo que es eso. Odia a las mujeres.

—A cierta clase solamente, teniente. A las que utilizan su cara y su cuerpo para mentir, para engañar...

—¿Quién fue la que le mintió y la que le engañó a usted?

—No diga estupideces, teniente. Yo soy un hombre al que una mujer no podía hacer eso.

—No le creo.

—Me importa un rábano que lo crea o no.

—Muy bien, compañero. ¿Cuándo va a ser la próxima?

—Usted no lo sabrá.

—Vaya, parece que empieza a sentir miedo.

—Usted ha de enfrentarse conmigo en las condiciones que yo imponga. Ésta es mi última llamada. A partir de ahora, mataré cuando me parezca y ustedes mismos tendrán que descubrir el cadáver... Así será mucho más emocionante, ¿no le parece, teniente?

—Preferiría seguir escuchándole.

—Teniente, no sea ingenuo. Sé que una de las medidas que ustedes han adoptado es la vigilancia de los locutorios. Sabía que llegarían a eso. Es usted quien ha hecho imposible nuestro diálogo.

—Si va a ser la última vez, quiero advertirle una cosa.

—Hable, teniente.

—Le cazaré a usted.

Le llegó la risa del desconocido. Como la primera vez, rió entre dientes y luego su risa se hizo más sonora.

—No, señor Clyde. También le venceré en los otros cuatro tableros. Ya puede estar seguro.

—Tendría que estar completamente chiflado para que lo intentase de nuevo. Todas las mujeres cuyo nombre es Camelia están advertidas contra usted. —También contaba con eso, teniente.

—Desista, entonces.

—Todo lo contrario. Es ahora cuando resultará más emocionante para mí. Ustedes, al tomar esas medidas, pondrán mi inteligencia a prueba. Tengo sumo interés, en demostrarles que puedo hacer lo que quiero en la más absoluta impunidad.

Clyde hizo rechinar los dientes. Aquel hombre tenía la mente desequilibrada, pero sabía también que no renunciaría a llevar a

cabo su plan.

—Usted está rabioso, teniente —prosiguió el desconocido—. No puede darme alcance. Para usted soy como un fantasma. Me ha podido oír hasta ahora y estoy seguro de que echará de menos mis llamadas telefónicas... No podrá dormir pensando cuándo descargaré el golpe... Sí, teniente, hay cuatro mujeres en la ciudad, con el nombre de Camelia, que morirán una detrás de otra y ni usted ni nadie podrán impedirlo.

El hombre colgó, pero el teniente continuó en la cabina apretando fuertemente el auricular.

Se sentía impotente y eso le llenaba de ira.

Salió de la cabina y se encaminó hacia su mesa.

Cynthia Fleming había pedido un martini.

—No hace falta que me lo diga, teniente —dijo cuándo Clyde se sentó—. Era él.

—Sí. Lo era.

—¿Matará esta noche?

—No lo sé.

—¿Por qué no me lo dice?

—Muy bien. Le diré lo que me ha dicho y de esa forma dejará de husmear a mí alrededor.

—Magnífico, teniente. Le aseguro que también tengo deseos de perderle de vista.

No soporto a los hombres que están permanentemente malhumorados.

—Era su última llamada. Sabe que vigilamos los locutorios públicos y que, un día u otro, podía caer. Matará a otras cuatro mujeres y todas ellas se llamarán Camelia. Lo hará cuando a él le parezca. Nadie podrá impedirlo. Ahí lo tiene todo. Eso fue lo que dijo.

CAPÍTULO V

El teniente Clyde empujó una puerta con panel de vidrio esmerilado en que se leía:

«Doctor Fallón. Psiquiatra».

La recepcionista, una rubia bonita y hermosa, le recibió con una sonrisa.

—El doctor Fallón le está esperando.

—Gracias, señorita Deever.

Entró en el despacho del doctor Fallón, el cual le salió al encuentro.

—¿Estudió mi asunto, doctor?

—Sí, desde luego. Me he pasado cuatro horas examinándolo atentamente desde todos los ángulos —el doctor sonrió—. Tuve que cancelar tres visitas de mis pacientes.

—No debió hacer eso. Sus intereses deben tener prioridad.

—El caso me ha interesado mucho. Ésa es la verdad.

Fallón frisaba en los cincuenta años de edad y era alto, bien constituido, de rostro grave. Defendía sus ojos con lentes de alta graduación.

Fallón invitó a Clyde a que se sentase en un sillón de cuero y él lo hizo en otro situado enfrente.

Clyde le ofreció el paquete de cigarrillos.

—No, gracias, continúo sin fumar.

Clyde encendió un cigarrillo y esperó a que el doctor empezase a hablar.

—Me temo, teniente, que nos encontramos ante un caso de obsesión.

—¿Quiere decir que el tipo está loco?

—No, no he dicho eso —sonrió el doctor—. Existen muchos individuos obstinados que no están locos en el sentido vulgar de la palabra. Desde luego, existe una anomalía en la mente de esas personas, pero ofrecen unas peculiaridades muy características.

—Le escucho, doctor. Hábleme de ese obsesionado que prometió matar a cinco mujeres cuyo nombre sea Camelia.

—Debo advertirle que he hecho mi juicio ante la imposibilidad de analizar personalmente el asunto.

—Le prometo traérselo cuando le atrape para que termine de realizar el estudio.

—Gracias, teniente. Acepto su oferta.

El doctor se echó en el respaldo del sillón y, tras una pausa, dijo:

—La nota predominante en un obsesionado es cierto sentimiento más o menos profundo y continuo de impotencia y flaqueza que domina toda su vida consciente.

—No me diga que es un tímido.

—Sí, señor Clyde. Es posible que haya acertado usted en la elección de la palabra justa.

—Pudo matar a esas mujeres sin anunciarlo a los cuatro vientos. Me desafió a mí.

Quiso demostrar que su inteligencia era superior a la mía.

—Ése es otro aspecto que me ha servido para establecer su obsesión.

—¿A qué se refiere?

—Le ha preocupado mucho el elegirle a usted como representante de la policía para vencerle en esos cinco tableros donde, supuestamente, él tiene planteada su partida... Debió sufrir una terrible decepción cuando se enteró de que usted iba a tomar sus vacaciones y, hasta es posible que haya precipitado el llevar a cabo los asesinatos para impedir que usted se marchase.

—¿Trata de sugerir que ese hombre me conoce?

—Estoy convencido de que le conoce a usted, aunque cabe en lo posible que usted no le conozca a él.

—Muy interesante.

—Ese hombre ha seguido a través de la Prensa su carrera, teniente Clyde. Estaría dispuesto a jurar que nuestro misterioso desconocido se sabe a la perfección los casos que usted ha resuelto

con brillantez... Le hablé antes de impotencia y de flaqueza con respecto a otra persona. Puedo contarle casos concretos de individuos obsesionados que han pasado por mi clínica. Uno de ellos decía: «Mi pobre existencia se desliza penosamente, en una languidez habitual, en una especie de somnolencia, en una completa atrofia de todas mis facultades».

—No parece que ese hombre sufra precisamente de una atrofia.

—Debe tener en cuenta que ésa es la situación del individuo enfermo antes de que aparezca la idea obsesiva en su mente. De pronto, surge una especie de rebelión contra ese estado de permanente inactividad, la idea de demostrar de qué son capaces. La mayoría de esos enfermos han sufrido una vida de humillaciones, en todo momento han claudicado en sus actos, en sus ideas. Jamás se han atrevido a cumplir la voluntad de los que les rodean. Es así como, en el momento más inopinado de su vida, surge en ellos esa rebelión que puede llevarles hasta el crimen. Sin embargo, existe un aspecto que debe tener en cuenta. A pesar de que se produzca la rebelión, esos individuos se mantienen en el medio y ambiente que han seguido viviendo en un maravilloso disimulo. Continuarán siendo tímidos, obedeciendo a los demás, en un perfecto camuflaje.

El doctor hizo una pausa y se vino hacia adelante señalando a Clyde con el dedo índice.

—Es posible que me equivoque, pero me atrevo a asegurar que su asesino, teniente, es un hombre que se comporta con toda normalidad dentro de la capa social donde se encuentra. Quiero decir que en este momento, cuando ya ha cometido un asesinato, sigue actuando entre sus familiares o amigos de una forma absolutamente habitual en él.

El teniente dio un suspiro.

—Doctor, usted lo pone muy difícil. Él se calificó a sí mismo de fantasma y, teniendo en cuenta las palabras de usted, creo que acertó.

—Celebro no me dijese que se calificó como un fantasma.

—Se me olvidó y por ello tengo que felicitarle, puesto que encaja en la idea que el asesino tiene de sí mismo.

—El enfermo obsesivo, cuando se produce la idea que constituye su obsesión, siempre tiene tendencia a realizar un plan con arreglo a normas estables y bien coordinadas.

—Eso quiere decir tanto como que no va a cometer un solo fallo.

—Parece que lo tiene todo en contra, teniente, pero no quiero darle sólo malas noticias con respecto a su asesino.

—Venga la buena.

—En el enfermo obsesivo puede producirse en cualquier momento una sensación de vacío cerebral, que es tanto como decir un desvanecimiento de su idea. Puede desfallecer bruscamente, sufriendo lo que nosotros, en términos científicos, llamamos un eclipse de su dinámica.

—¿Qué pasa cuando se produce ese eclipse?

—Pueden ocurrir dos cosas. Que el enfermo permanezca pasivo, quieto, sin hacer nada hasta que, desaparecido el desfallecimiento, se apodera de su cerebro otra vez la idea obsesiva.

—En ese caso sería difícil dar con él.

—La otra posibilidad consiste en que en ese estado de desfallecimiento pretenda llevar a cabo su idea obsesiva, por ejemplo, la de matar. Es entonces cuando puede cometer el fallo, porque matará sin tener en cuenta ya el brillante plan que trazó. Actuará en tal caso con su primitiva personalidad de hombre tímido, acomplejado.

—He de desear que mi rival mate en un estado de eclipse de su dinámica.

—Exactamente.

—¿Nada más, doctor?

—Me temo que no debo decirle nada más. Podría estar hablándole durante muchas horas acerca de los enfermos obsesivos, pero creo que sería contraproducente. He hecho un estudio del caso teniendo en cuenta las circunstancias que pueden ser importantes para usted. Existen otras, pero competen más al doctor que al policía.

El teniente Clyde se levantó del sillón y estrechó la mano de Fallón.

—Muchas gracias, doctor. Me ha prestado un gran servicio. Le tendré al corriente de todo.

* * *

—¡Jonathan! —gritó Camelia *Hacker*—. ¡Ven aquí

inmediatamente!

Se oyeron unos pasos en la habitación contigua y la puerta se abrió.

Camelia *Hacker* estaba sentada frente al tocador y se volvió mirando a su esposo, que en aquel momento tenía todo el aspecto de un hombre asustado.

—¿Sí, cariño?

—¿Quién ha roto el jarrón veneciano?

—Lo siento..., fui yo.

—¿Tú?

—Quise poner unas flores esta mañana y se me escapó de las manos.

Camelia *Hacker* tenía diez años más que su marido. Había sido un matrimonio de conveniencia. Camelia *Hacker* era propietaria de tres casas y de muchos paquetes de acciones de importantes compañías que repartían sustanciosos dividendos. Jonathan había sido relojero y, gracias a su profesión, había conocido a Camelia cuando ella, cinco años antes, se llegó al negocio donde él trabajaba para que le arreglasen su reloj pulsera. Camelia se sintió interesada por aquel hombre de rostro agraciado. Siguió visitando la relojería después del arreglo por un motivo u otro. Al fin, el señor *Hacker* se atrevió un día a pedirle que saliesen juntos y ella aceptó. Al cabo de tres meses de haberse conocido, se casaron, no sin que antes Camelia pidiese a Jonathan que se despidiese de la relojería, lo cual hizo él encantado.

Camelia quiso demostrar desde el principio que en su matrimonio ella sería la que llevaría las riendas. Pero no le había resultado difícil, porque Jonathan en ningún momento pensó contrariarla y se sometió dulce y suavemente a aquel yugo. Fue un marido ideal, sumiso y obediente a los deseos de su otoñal mujercita.

Pero, conforme pasaron los años, Camelia *Hacker* fue cada vez más exigente. Pertenecía a la junta directiva de varias asociaciones, aunque hubiese prohibido a su esposo que se inscribiera en el partido demócrata, republicano o en cualquier otro.

Y cuando la señora *Hacker* asistía durante cuatro noches por semana a las reuniones impuestas por sus cargos, el señor *Hacker*, por expreso deseo de ella, debía permanecer en casa.

Una vez, Jonathan se atrevió a llegarse hasta el bar de la esquina para beber una cerveza y distraerse un poco. Por desgracia para él, eligió mal el momento, ya que Camelia regresó a casa por haberse suspendido la junta a la que debía asistir. Así, Jonathan *Hacker* se encontró con una esposa furiosa, agresiva, que le echó en cara su infidelidad.

Desde aquel momento, el señor *Hacker* prometió no volver a llegarse al bar de la esquina.

Ahora la señora *Hacker* acababa de oír la confesión de su esposo. Jonathan había roto el jarrón veneciano.

Los ojos de la señora *Hacker* despedían chispas. Se levantó de un salto, la cara crispada, los puños cerrados.

—¡Tú...! ¡Tú lo has roto!

—Perdona, Camelia, pero ya te he dicho cómo ha sido.

—¡Estúpido...! ¡Eres un condenado torpe!

Jonathan cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Por nada del mundo lo hubiese roto voluntariamente, querida.

—Eso se supone. ¿Dónde, están los pedazos?

—Guardados en un cajón.

—Quiero que los recompongas.

—Hay pedacitos insignificantes.

—Ése será tu castigo, Jonathan *Hacker*.

—Sería mejor que lo hiciese un profesional.

—No, Jonathan. Lo harás tú.

—Me temo que voy a invertir mucho tiempo.

—No me importa que te pases semanas reconstruyéndolo. Así aprenderás a ser más cuidadoso.

—Sí, Camelia.

Sonó el timbre de la puerta y Camelia dijo:

—Anda, ve a abrir.

No tenían ningún criado. Todos los días, de diez a doce, una mujer les hacía la limpieza.

Jonathan bajó la escalera y abrió la puerta. Era la señora Danson, una mujer que hablaba constantemente, que ametrallaba con ráfagas de palabras a las personas. —¿Qué tal, señor *Hacker*?

—Muy bien. ¿Y su esposo?

—En la oficina, ¿dónde va a estar? —Rosabel Danson miró con desprecio a Jonathan. Jonathan forzó una sonrisa. Conocía la

opinión que la señora Danson tenía de él. Era un parásito. Un tipo que vivía a costa de su esposa.

Camelia *Hacker* bajó en aquel momento por la escalera.

—Oh, querida, ¿cómo estás?

Rosabel salió a su encuentro y se besaron al pie de la escalera.

—¿Te has enterado de la terrible noticia, Camelia?

—¿El alcalde se opone a que celebremos nuestra convención interestatal?

—Oh, no... Se trata de un horroroso crimen —la señora Danson se apresuró a sacar un diario del bolso—. Y creo que os interesa mucho a vosotros.

—¿A nosotros? —dijo Jonathan *Hacker*—. ¿Por qué, señora Danson?

—Será mejor que Camelia lo lea y se lo diga después, Jonathan.

Camelia *Hacker* leyó todo lo que se refería al crimen de Camelia Brown.

—Es el asesinato más estúpido del que tengo noticias —dijo al terminar.

—Pero, Camelia —opuso la señora Danson—, tú también puedes estar incluida entre las cuatro mujeres que él ha de asesinar.

—¿Quieres decirme de qué estáis hablando, Camelia? —inquirió Jonathan.

—Lee el periódico y entérate —contestó Camelia.

Le llegó el turno de leer a Jonathan. Su rostro fue palideciendo poco a poco.

—Dios mío... Esto es terrible.

La señora *Hacker* lanzó una risita nerviosa.

—Estoy acostumbrada a salir sola de noche y llevo una pistola en el bolso. Casi me gustaría tropezarme con ese desconocido.

—¡Oh, Camelia! —exclamó Jonathan—. No digas eso.

—¿Tienes miedo, querido?

—Naturalmente... Como acaba de decir la señora Danson, te llamas Camelia, igual que esas mujeres que él quiere matar.

—Tranquilízate, Jonathan. Tu mujer seguirá viviendo.

—De todas formas, no quiero que salgas, al menos hasta que ese asesino sea capturado.

—No digas tonterías, Jonathan. Esta noche tengo reunión en la Asociación de Damas Ejemplares.

—Tú eres la secretaria. Puedes cancelar esa reunión.

—No la cancelaré por nada del mundo... ¿Crees que ese hombre va a conseguir que cambiemos nuestras costumbres? Te he dicho que tengo la pistola en el bolso. Que me ataque si se atreve. ¿Es que no lo has oído? Esa Camelia Brown era una muchacha de dieciocho años, indefensa... A mí me encontrará preparada.

—El diario dice que se deben tomar precauciones de seguridad y me temo que no sólo se refiere a ir armado con una pistola... Supón que el asesino surge detrás de ti. —Siempre viajo en mi coche y no tengo por costumbre detenerme en ninguna parte... No, Jonathan. Ese asesino loco tendrá que elegir a otra mujer si quiere que siga aumentando el número de sus víctimas. Y ahora ya basta, Jonathan. Rosabel y yo tenemos mucho que hablar con respecto a la reunión de esta noche. Será mejor que empieces a arreglar el jarrón veneciano que rompiste con tu torpeza.

—Sí, Camelia... Tuve mucho gusto en verla, señora Danson. Jonathan *Hacker* bajó la cabeza y se dirigió a la cocina.

CAPÍTULO VI

—Teniente —dijo el operador—. Llama una joven que se llama Camelia Powell. Dice que es urgente.

Clyde hizo señal para que le pasasen la comunicación y descolgó el auricular.

—Habla el teniente Mark Clyde.

—Teniente, estoy en peligro...

—¿Qué le pasa, señorita Powell?

—Me ha seguido un hombre desde el lugar donde trabajo hasta mi casa.

—¿Dónde está ese hombre ahora?

—No lo sé, pero siento mucho miedo.

—¿La abordó a usted?

—No. Y precisamente eso ha sido lo que me ha inquietado. Le he visto en varios sitios... Me detuve en una cafetería, pero él no entró. Se quedó fuera... Bueno, yo creí que había continuado su camino, pero, al salir, otra vez se puso a seguir mis pasos.

—¿Qué edad tiene usted?

—Dieciocho años.

—¿Dónde trabaja?

—En un almacén de papel propiedad de la Sociedad Pearlman, Tiene sus oficinas en la calle Ochenta y Dos.

—¿Y dónde vive?

—En la calle Laurel 432.

—¿Familia?

—Vivo con mis padres. Él es ferroviario... No está ahora en casa. Sólo está mi madre, en la cocina... No quise alarmarla a ella. Por eso he subido a mi cuarto para hacerle la llamada... Bueno, hoy en la oficina leí lo que decían los diarios... Ya sabe, me llamo Camelia.

—¿Cómo es su casa?

—Tiene un jardín.

—Hágame un favor, señorita Powell. ¿Tiene la luz apagada?

—No. Está encendida.

—Muy bien. Apague, deje descolgado el teléfono, acérquese a la ventana y mire hacia afuera. Pero haga todo lo posible para que no la descubran.

—Sí, teniente, ahora mismo lo haré...

Oyó el golpe que daba la joven al dejar el teléfono sobre la mesa.

Entonces habló al operador:

—Avisa al coche patrulla más cercano al sector. Hombre sospechoso visto en las proximidades de la casa número 432 de la calle Laurel. No intervengan. Manténgase a distancia. En la casa vive una joven, Camelia Powell. Yo sigo en contacto con ella.

El operador sacudió la cabeza y se puso a transmitir la orden.

Pasó un minuto y oyó de nuevo la voz de la joven:

—Teniente...

—¿Sí, señorita Powell?

—Le he visto.

¿Dónde está?

—En el jardín vecino... La casa número 433 está desocupada... Pertenece a la familia Legris... Se marcharon a California hace un mes... Todo está muy oscuro, pero he podido ver su sombra a la luz de la luna... Estaba detrás de un seto.

—Tranquilícese, señorita Powell... No le va a ocurrir nada. Baje de la habitación, pero deje la luz encendida. Reúnase con su madre en la cocina. ¿Hay puerta allí? —Sí. Comunica con el patio.

—Ciérrela.

—Pero ¿no va a venir usted?

—Ya he avisado a un coche patrulla. Está en camino. No tardará en llegar. Yo salgo inmediatamente de aquí... Me haré anunciar a la llegada. ¿Tiene timbre en su casa?

—Sí.

—Pegaré tres timbrazos, el último más largo que los dos primeros.

—Sí, teniente.

—He dado orden a los muchachos del coche patrulla que se

mantengan vigilantes, pero ellos no intervendrán para nada, a menos que sea necesario... No debe alarmarse. Ese hombre no entrará en su casa. Hasta muy pronto, señorita Powell.

Clyde colgó y se acercó al operador.

—¿Qué coche va hacia allá?

—El número cinco.

—Comunica que el hombre sospechoso ha sido visto en el número 433, la casa cercana. Está desocupada. El hombre está en el jardín, refugiado tras un seto. Sigue valiendo la orden de que no intervengan hasta que yo llegue.

—Sí, teniente.

—Vamos, Flavin —dijo Clyde.

Hizo sonar la sirena para correr más aprisa hasta llegar al sector 4. Enmudeció la sirena y el automóvil se deslizó sin ruido.

Vio a unas cien yardas el coche de la policía detenido junto al bordillo de la acera. Metió el coche entre otros dos que había a la derecha y dijo a Flavin:

—Quédate aquí.

—Sí, teniente.

Clyde saltó del vehículo y caminó por la acera.

Un hombre cruzó la calle desde el coche patrulla. Era Bing Reynolds.

—¿Lo visteis, Reynolds?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Es un tipo alto, bien parecido, de unos cuarenta años. Lo he estado observando con mis anteojos. Se movió del seto y ahora está detrás de un árbol, mirando a la habitación encendida del número 432.

—Corriente, Bing. Quédate.

—¿Qué va a hacer, teniente?

—Quiero sorprenderlo. Pero si se me escapase, no quiero que se libre de vosotros. —No se preocupe, teniente. Tengo tantas ganas como usted de atrapar a ese tipo por el cuello.

Clyde saltó una verja del jardín y quedóse en cuclillas, rodeado por hierbas silvestres.

Vio la luz del dormitorio de Camelia Powell y descubrió el árbol al que Bing se refería. Tuvieron que pasar cinco minutos antes de

que viese moverse una sombra. Fue casi imperceptible, pero tuvo bastante con ello.

El hombre le estaba dando la espalda.

Entonces comenzó a deslizarse sigilosamente.

Sacó la pistola de la axila y se puso en pie.

—¡No se mueva o disparo!

El hombre dio un respingo y se volvió.

—¡Aparte las manos del cuerpo! —gritó Clyde.

Estaba muy cerca y vio que el hombre obedecía.

—Eh, no soy un ladrón —dijo el desconocido.

Clyde se detuvo muy cerca de él y le observó la cara. Tal como había dicho Bing, sus facciones eran conexas. Cubría la cabeza con sombrero de fieltro, el ala echada sobre la frente.

—Ponga las manos en la nuca y dese la vuelta. Lo voy a registrar.

—¿Qué significa esto?

—Obedezca, maldita sea.

Clyde no identificó la voz con la que le había hablado por el teléfono, pero una voz podía cambiar mucho a través del cable. Por otra parte, estaba seguro de que el asesino habló desde las cabinas disimulando la voz.

Fue junto a su prisionero y le pasó la mano por la axila.

—Una pistola, ¿eh?

—Tengo derecho a llevarla.

—Eso ya lo veremos.

Oyó pasos rápidos por el jardín y vio llegar a Bing.

—Sácale la pistola y la cartera, Bing —dijo Clyde.

—De mil amores, teniente.

Bing hizo girar al detenido y lo despojó del arma y de la cartera.

—¿Quieren explicarme qué significa esto? —dijo el hombre—.

Soy detective privado.

Charles Clement, ése es mi nombre.

Bing abrió la cartera y proyectó sobre ella el haz luminoso de una linterna sorda.

—Parece que es cierto, teniente. Es Charles Clement, detective privado.

—Eso no significa nada. ¿Qué hace aquí, Clement?

—Estoy vigilando.

—Eso ya lo he supuesto. ¿A quién vigila?

—Lo siento, teniente, pero se trata de un trabajo que realizo por cuenta de un cliente. Tengo derecho a callarme.

—Me temo que tendrá que decirlo, Clement. Estamos investigando un asesinato y, por su comportamiento, nos resulta sospechoso.

—¿Qué tontería es ésta?

—Le aseguro que no es ninguna tontería, Clement. Vendrá con nosotros a la comisaría y quizá allí cambie de opinión.

Bing Reynolds cerró un puño.

No hará falta que vayamos a la comisaría, teniente. Aquí estamos solos... Nadie lo oirá. Le doy palabra que no rechistará.

Clement retrocedió un paso.

—Está bien, lo diré... Estoy vigilando esa casa.

—¿Por qué la vigila? Y no espere que le saque las palabras una a una.

—Se trata de Camelia Powell. Mi cliente quería saber si tenía relaciones con algún chico.

—¿Quién es su cliente?

Clement guardó silencio.

—Vamos, dígalo, Clement. Ha de decirme el nombre de su cliente.

—Eso me va a desacreditar.

—¿Cuánto tiempo hace que ejerce la profesión de detective privado?

—Dos meses.

—¿Qué hizo antes?

—Era contable.

—¿Dónde siguió los cursos de detective?

—En la academia El Ojo y la Llave.

Clyde se pasó una mano por la cara.

—¡Escupa de una vez el nombre de su cliente!

—Muy bien, teniente, pero le hago responsable.

—Acepto la responsabilidad.

—Su nombre es Benjamín Fowle.

—¿Quién es Benjamín Fowle?

—Director gerente de la compañía Pearlman, dedicada a la fabricación y venta de papeles.

Hubo un silencio y luego Clyde dijo:

—Bing, llévate al coche.

—¡Eh, teniente, no puede detenerme! —exclamó Clement—. Ya llevó la broma demasiado lejos.

—No está detenido, Clement. Sólo quiero que espere un rato con los muchachos en el coche patrulla.

Bing tomó del brazo a Charles Clement.

—Vamos, pajarito, compórtate bien y será mucho mejor para ti.

—No le hagas nada, Bing —dijo el teniente y se apartó de los dos hombres.

Entró en el jardín de la señorita Powell y subió al porche.

Pulsó tres veces el timbre, la última haciendo la llamada más larga.

Oyó pasos a la otra parte y luego una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Teniente Clyde.

—Tendrá que identificarse, teniente.

Clyde sonrió. La chica había aprendido bien la lección. Sacó su credencial y la introdujo por la ranura de la puerta.

Mientras esperaba, encendió un cigarrillo.

Al fin la puerta se abrió y vio en el vestíbulo a dos mujeres, una de unos dieciocho años, muy bonita.

—¿Señorita Powell?

—Sí, teniente —contestó la joven al tiempo que le devolvía la credencial.

Clyde entró en la casa y cerró la puerta tras de sí.

Miró a la mujer de más edad. La joven dijo:

—Es mi madre, Anna.

—Encantado, señora.

—Ella ya lo sabe todo. Se lo conté mientras esperábamos, en la cocina.

—Dígame, señorita, ¿quién es el director gerente de la compañía para la que usted trabaja?

—Benjamín Fowle.

—¿Casado?

—Oh, no, es soltero.

—¿Cuál es el empleo de usted en la casa?

—Trabajo directamente a las órdenes del señor Fowle. Soy una

de sus dos secretarias.

Clyde sacudió la cabeza.

—¿Qué tal es el señor Fowle?

—Un hombre muy correcto, agradable, simpático. Pero, no le comprendo, teniente, ¿ya capturaron al hombre que me seguía?

—Sí, señorita. Lo hemos capturado pero resultó ser un tipo inofensivo. Confesó que la vio a usted por la calle y la siguió. Se metió en el jardín de la otra casa porque esperaba verla aparecer en la ventana... Ya sabe, uno de esos fulanos románticos... Se asustó tanto cuando lo sorprendí que su amor por usted desapareció tan rápido como le llegó el flechazo... Bueno, lo enviamos a su casa.

La joven sonrió ligeramente.

—En tal caso, creo que el susto ha sido mutuo.

—Lo comprendo, señorita, pero tengo que felicitarla por lo bien que lo ha hecho.

—Les he ocasionado una molestia.

—En absoluto, señorita Powell. Ha sido un placer el que los muchachos y yo nos llegásemos aquí para prestarle un servicio... Los policías estamos para eso. Buenas noches.

Salió de la casa y se dirigió a donde estaba el coche patrulla.

Bing y el prisionero ocupaban el asiento trasero.

Clyde se sentó junto a Clement y quedósele mirando a los ojos.

El detective privado carraspeó.

—Bueno, ¿qué se le ocurre ahora, teniente?

—Devuélvele sus cosas. Bing.

—¿Eh?

—Ya lo oíste.

—Creía que lo llevábamos a la comisaría, teniente.

—Éste no es nuestro hombre.

Bing devolvió a Charles Clement la cartera y la pistola. El detective lo guardó todo y sonrió.

—Tendré que continuar mi trabajo.

No, Charles. Ya lo terminó.

—Usted no puede...

—No, Charles, maldita —sea... ¿Es que en esa condenada academia no le enseñaron las cosas más elementales...? Estamos buscando a un asesino.

—Ya sé, el tipo que mata a las mujeres llamadas Camelia.

—Esa joven que usted vigila por encargo de un cliente se llama Camelia.

—Le comprendo, teniente.

—Además, puede dar usted su informe. La señorita Powell es una buena chica y no mantiene relaciones con ningún muchacho. Su jefe se puede declarar a ella cuando quiera.

El detective se quedó con la boca abierta.

—Pero mi cliente pensará que lo he hecho demasiado rápido.

—Por el contrario, llegará a la conclusión de que es usted un muchacho muy eficiente. El señor Fowle le quedará muy reconocido por su magnífico trabajo. Acéptelo como un consejo.

—Caramba, eso no está mal —dijo Charles—. Sí, teniente, eso es lo que voy a hacer.

Gracias por todo.

—No hay por qué darlas.

—Celebro haberles conocido.

—Lo mismo digo —cabeceó Clyde.

Clement apretó la mano del teniente y salió del coche.

Mientras el detective se alejaba por la acera, el inspector Bing rezongó:

—Creí que lo obsequiaría también con flores y pastelillos.

—¡Bing!

—Perdone, teniente, pero no pude evitarlo.

Clyde gruñó algo por lo bajo y salió del coche patrulla pegando un empujón a la portezuela.

Mientras regresaba hacia la comisaría conduciendo su automóvil, no dejaba de soltar imprecaciones por lo bajo.

CAPÍTULO VII

Camelia *Hacker* entró en la cocina andando de puntillas.

Su esposo estaba sentado ante una mesa sobre la que había depositado los trozos de jarrón veneciano.

—¡Jonathan!

Hacker pegó un respingo en la silla al tiempo que volvía la cabeza.

—Camelia, me has dado un susto.

La señora *Hacker* sonrió mientras se cubría las manos con los guantes.

—Regresaré aproximadamente a las doce.

—Sí, Camelia.

—Quiero encontrarte despierto.

—Desde luego, Camelia.

—Llevas unos días que, cuando llego, siempre estás dormido.

—Lo siento mucho.

—Lee cualquier cosa. Entretente con ese jarrón hasta que yo llegue. Ya lo sabes. Quiero verte despierto.

—Me encontrarás ante esta mesa.

—Jonathan, ya me voy.

—Oh, perdona. —Jonathan se puso en pie y acercóse a su mujer. Le dio un beso en la mejilla que Camelia le ofrecía y ella le correspondió con unas palmaditas en la cara—. No dejes de tomar tu ponche con dos huevos.

—Sí, Camelia.

La señora *Hacker* dio media vuelta y abandonó la cocina para salir por la puerta principal.

Jonathan se quedó quieto mirando al hueco. Oyó el portazo cuando su mujer salió fuera y luego el motor del automóvil que,

poco a poco, se fue perdiendo en la distancia.

Jonathan *Hacker* se sentó otra vez ante la mesa de la cocina y quedóse mirando fijamente los trozos del jarrón veneciano.

* * *

Jim Spike, jefe-redactor del *Star*, descolgó malhumorado el teléfono.

—¡Quiero que se presente inmediatamente Cynthia! —Ladró.

—Sí, señor —le contestó una voz femenina.

—¡Rápido, maldita sea! ¡En esta casa todos ustedes parecen caracoles! —Pegó un golpe con el auricular en la horquilla y se mesó el encrespado cabello que le daba un aspecto fiero.

Al cabo de un rato se abrió la puerta y entró en la estancia Cynthia.

—¿Me mandó llamar, jefe?

Spike le enseñó los colmillos y arrugó la nariz en uno de sus gestos característicos.

—Creí que era usted periodista, señorita Fleming. —Lo soy.

—Me parece que va muy lejos en su suposición... Ese asesino cometió un crimen, dio usted la noticia, pero también la dieron otros ocho diarios de esta ciudad. No crea que fue una primicia.

—No lo di como una primicia, señor Spike.

—Infiernos, teníamos que haber tomado ventaja a los demás.

—¿Por qué, señor Spike?

Jim Spike la midió de pies a cabeza sin decir nada. De pronto la joven lo miró furiosa.

—Ya entiendo. Creo que el teniente tiene razón.

—¿A qué se refiere?

—El teniente Clyde dijo que yo era una mujer con mucha seducción.

—Muy halagador para usted.

—No fue un halago, sino una recriminación.

—¿Qué culpa tiene usted de ser una mujer bonita y hermosa...?

El teniente Clyde también es un hombre y me da en la nariz que es la persona que más sabe de este caso, a pesar de que, oficialmente, sea el teniente Reedbeck quien lo dirige.

—Comprendo su insinuación, señor Spike. He de ponerme un

jersey tres números inferior a mi medida, una falda muy estrecha con un tajo sobre el muslo, ponerme un cigarrillo en la comisura del labio y dirigir una mirada de fuego al teniente Clyde... —La joven puso un brazo en jarras y agregó con voz de falsete:

—¿No le gusto, teniente...? Esto sólo es un avance... Venga a mi apartamento de nueve a once y le enseñaré el lunar...

Spike sonrió con los dientes apretados.

—No quise decir tanto, señorita Fleming.

—No, usted no dijo tanto pero lo pensó.

—No se excite, ¿quiere...? Usted no tiene necesidad de ponerse ese jersey tres números inferior al de su medida. Es inteligente, vivaz... Lo otro, lo de su belleza y encanto, se le dio por añadidura. Siempre he dicho que un periodista debe emplear todas las armas a su alcance. Naturalmente, en su caso puede poner el límite que quiera, pero le repito que su objetivo debe ser el teniente Mark Clyde.

—¿No tiene más que decirme, señor Spike?

—No, señorita Fleming. Eso fue todo. Ahora lárguese y haga lo que quiera... Soy un padre para todos ustedes... Eso es lo que me pasa... Trato de dar consejos y siempre se me interpreta mal...

¿Cuándo tendré al fin un periodista bajo mis órdenes que no posea un tortuoso cerebro?

—No siga, papaíto, me va a llenar de lágrimas —repuso Cynthia y salió del despacho de su jefe.

—Has estado maravillosa, Camelia —dijo Rosabel Danson.

—Muchas gracias, querida.

Camelia *Hacker* estaba recibiendo la felicitación de sus compañeras de asociación.

Ante media docena de delegadas, enviadas por otras ciudades, había pronunciado un discurso exigiendo que la próxima convención de las Damas Ejemplares se celebrase en aquella ciudad. Realizada la votación, la propuesta ganó por amplio margen de mayoría.

Rosabel Danson propuso que fuesen todas a su casa para celebrar el acontecimiento, pero Camelia se opuso.

—Lo siento, pero es ya demasiado tarde, y Jonathan me está esperando. Será mucho mejor que mañana nos reunamos en tu casa. Y me temo que también ahora la mayoría está conmigo porque nos

encontramos un poco cansadas.

La ocurrencia fue celebrada con risas.

Empezaron las despedidas y cuando, al cabo de quince minutos, las dieron por terminadas, Camelia salió del club en compañía de su amiga Rosabel.

Ambas se dirigieron a la plaza de estacionamiento donde habían dejado sus coches. Se besaron en la mejilla y cada cual entró en su automóvil.

Camelia *Hacker* estaba satisfecha.

Hizo correr su automóvil a más velocidad de la que estaba acostumbrada, pero a aquellas horas las calles estaban casi desiertas.

Entró por la amplia avenida donde se ubicaba su casa, rodeada de un jardín.

Jonathan tenía que saber la clase de mujer importante que ella era. Le contaría su triunfo.

Frenó junto al bordillo de la acera.

De pronto sintió que algo se movía en el asiento trasero.

Fue a volver la cabeza pero algo pasó por su cuello y entró en contacto con su carne, un cordel, apretándola y quitándole la respiración.

Fue todo tan bruscamente que apenas se dio cuenta. Quizá ocurrió en una fracción de segundo.

Ante sus ojos apareció una mancha oscura. Al mismo tiempo sintió que le faltaba aire. Levantó las manos temblorosas hacia su cuello, pero aquel cordel que la atenazaba aumentó su presión, cada vez más fuerte...

* * *

Rosabel Danson, cubierta con el camisón, se peinó frente al espejo del tocador. Era desagradable que su marido durmiese de aquella forma, roncando. Le molestaba extraordinariamente.

Era verdad que William había visitado ya a tres especialistas, pero ningún tratamiento había dado resultado.

Dejó el peine furiosa y se acercó a la cama donde su marido seguía roncando.

—¡William...! ¡Despierta!

—¿Qué ocurre...? —exclamó William Danson, brincando sobresaltado en el lecho.

—Otra vez roncabas.

—Diablos, ¿sólo me despiertas para decirme eso?

—Sabes que me desagrada.

—Muy bien. También me desagradan a mí muchas cosas tuyas y me callo.

—¿Como por ejemplo? —dijo la señora Danson, desafiante.

—Que andes por ahí todas las noches.

No son todas las noches, William.

—Pero siempre que sales haces la misma faena. ¡Me despiertas! Me costará un par de horas dormirme.

—Lee.

—No puedo leer. ¡Necesito descansar! ¿O es que no lo sabes? Paso ocho horas en la oficina.

—¿Quieres dejar de gritarme...? No soy sorda.

William Danson abrió la boca para replicar, pero en aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—¿Quién será a estas horas? —preguntó Rosabel.

—Seguro que alguna de tus amigas de la junta para decirte que este año se llevarán los puños blancos.

—No te consiento los sarcasmos, William Danson.

Rosabel atrapó el auricular.

—¿Sí?

Una voz balbuceante le llegó por el cable.

—Buenas noches, señora Danson, perdone que la moleste... Soy Jonathan *Hacker*.

—Ah, sí, señor *Hacker*, ¿de qué se trata...?

—¿No está ahí mi mujer?

—¿Cómo?

—Camelia no ha llegado todavía y es muy tarde. Mi mujer no quiere que la llame a la junta, de modo que decidí marcar su número...

—Pero Camelia ya debería estar en casa... —De pronto, Rosabel se mordió el labio inferior pensando en aquel asesino—. ¡Dios mío...!

—¿Qué le pasa, señora Danson?

—Oh, nada... A Camelia no puede haberle pasado nada malo...

Estoy segura.

—¿Cuándo se separó de ustedes? —Salimos hace una hora del club.

—Del club a mi casa sólo hay veinte minutos en coche y, a estas horas debió hacer la carrera en menos tiempo. No comprendo, señora Danson. Será mejor que salga... Gracias por todo, señora Danson... Quizá mi mujer sufrió una *panne*.

Rosabel pensó decir que si Camelia hubiese sufrido una *panne*, habría llamado por teléfono a su esposo, pero se lo calló sintiendo que su cuerpo era sacudido por un escalofrío...

* * *

—Teniente —dijo el operador—. Un hombre ha descubierto a su esposa muerta. —Páseme la comunicación enseguida—. Clyde descolgó el auricular. —Teniente Mark Clyde al habla.

Oyó una respiración entrecortada a la otra parte:

—Teniente..., mi mujer ha sido asesinada... La he encontrado al lado de mi casa..., en su coche.

—Deme su nombre y dirección.

—Jonathan *Hacker*, calle del Abedul, 37.

—No se mueva de ahí.

—Sí, señor, aunque estoy muy aturdido...

—Iremos enseguida, señor *Hacker*.

* * *

Jonathan *Hacker* estaba sentado en un sillón del *living*, la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados.

También se encontraba allí Clyde, el teniente Reedbeck y los inspectores Flavin y Graham.

Rosabel. Danson lloraba sentada en el diván limpiándose las lágrimas con un pañuelo.

A su lado, su marido le pasaba un brazo por los hombros.

—Tranquilízate, querida, ya no se puede hacer nada.

—Perdone, señora Danson, pero le tengo que hacer unas preguntas —dijo el teniente Reedbeck.

—Sí, teniente —murmuró Rosabel, alzando los ojos.

—¿A qué hora se inició la reunión?

—A las nueve.

—¿Cuándo terminaron?

—Miré el reloj que tenemos allí. Eran las doce y cinco.

—De modo que el asesino tuvo tiempo de sobra para introducirse en el coche.

—Es terrible —dijo Jonathan *Hacker*.

—¿Fue usted a alguna parte esta noche, señor *Hacker*?

La pregunta no había sido hecha por Reedbeck, sino por Clyde.

—No. Estuve todo el rato aquí... Esta mañana rompí un jarrón veneciano. Me entretuve en recomponerlo en la cocina... Nunca había hecho un trabajo de esa clase... Es muy delicado, pero me servía para entretenerme mientras mi mujer llegaba. Le había prometido que la esperaba despierto.

—¿Cuál es su profesión, señor *Hacker*?

Jonathan se mojó los labios con la lengua.

—Yo era relojero. Pero, después de casarme con mi mujer..., bueno, ella no quiso que trabajase.

—¿Poseía su mujer bienes de fortuna?

—Sí, puede que se tratase de una mujer rica. Pero, teniente, no comprendo el alcance de sus preguntas. Usted no creerá que yo...

—Quiero que se haga cargo de las circunstancias. Estamos investigando un asesinato. Usted halló a su mujer estrangulada frente a la puerta de su casa.

—Yo salí para ver si la encontraba... Pensé que podía haber sufrido una avería o quizá un accidente, pero no pasó por mí cabeza la idea de que había sido... muerta. Al ver el coche allí, creí que acababa de llegar. Descubrí a Camelia en el asiento delantero... Hasta me puse a sonreír mientras bajaba del porche, pero de pronto, al acercarme, la vi en una posición muy extraña, el cuerpo vencido, la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Tuve un extraño presentimiento y cuando abrí la portezuela...

Reedbeck se dirigió a Clyde:

—Está claro que el asesino la mató desde el asiento posterior.

Clyde sabía lo que Reedbeck quería decir. Que era absurdo que Jonathan hubiese entrado en el coche de su esposa después que ésta lo detuvo, pero él, Clyde, se sentía cada vez más interesado en aquel

hombre.

Mientras Reedbeck continuaba su interrogatorio acerca de la señora *Hacker*, sus amigos, sus costumbres, Clyde se dirigió a la cocina.

Sobre la mesa vio los restos del jarrón veneciano. Jonathan *Hacker* había recompuesto la base y media docena de trozos más. Pasó el dedo por ellos. Se trataba de un trabajo muy tosco.

—¿Un *whisky*, teniente? —Oyó de pronto una voz a su espalda. Era Jonathan *Hacker*.

—¿Ya terminó con usted el teniente Reedbeck?

—Sí, y le dije que necesitaba beber un vaso de agua. Tengo la boca reseca.

—Beba usted el agua, yo no quiero el *whisky*.

Jonathan entró en la cocina y después de verter agua en un vaso bebió un trago.

Clyde señaló el valioso jarrón veneciano.

—¿Estuvo todo el tiempo haciendo eso?

—Oh, no, teniente.

—Creí habérselo oído decir.

—Pero sí dije que me costaba mucho trabajo... De vez en cuando me concedía un descanso.

—¿Descansó aquí mismo o se le ocurrió salir a dar una vuelta?

—Oh, no. Estuve todo el rato en casa. Me fui al *living* a leer un libro.

—¿Qué libro?

—*Babbitt*, de Sinclair Lewis. Quizá usted lo ha visto. Estaba sobre la mesa ratona.

—Sí, y también lo hojeé. Había una señal por la página dieciséis. Debí leer muy poco. —Soy un lector que me gusta informarme de todo... Leo muy despacio. No quiero desperdiciar nada.

—¿Cuánto heredará?

—No lo sé exactamente. Quizá sean doscientos mil dólares en números redondos.

—Bonita cifra.

—Ya sé, usted está pensando que yo la maté.

—Oh, no, señor *Hacker*... Sólo estoy haciendo una investigación.

—¿Cree que iba a ser tan estúpido como para matarla en mi propia casa...? Fue así, como ha ocurrido, aunque el coche se

encontrase en la calle.

—Sí, en eso tiene razón.

—Siento decírselo, teniente, pero son ustedes los culpables. Hay un loco suelto en la ciudad, un asesino sádico que mata mujeres... Esta misma tarde lo leí en el periódico...

Pobre Camelia. Aún la recuerdo al pie de la escalera diciendo que ella no tenía miedo... Hasta llegó a desafiar al asesino.

—¿Sí?

—Dijo que le gustaría encontrárselo en su camino... Ella guardaba una pistola en el bolso. La señora Danson fue testigo de esa escena... Puede preguntarle a ella.

—Ya me lo contó, señor *Hacker*.

Jonathan arrugó el ceño.

—¿Por qué no me interrumpió?

—Un policía ha de oír todas las versiones de los hechos que pueda conseguir. Debo decirle que la suya se identifica con la de la señora Danson.

—Ya entiendo, por eso se ofreció usted a ir a casa de la señora Danson. Quiso saber cosas acerca de mí.

—De usted y de su mujer.

—¿Y qué le dijo ella?

—Deje que sea yo quien pregunte, señor *Hacker*.

Jonathan bebió otro trago de agua.

—Muy bien, teniente.

—¿Amaba usted a su mujer?

Jonathan permaneció inmóvil, observando atentamente el rostro de Clyde.

—Naturalmente, la señora Danson le habrá dicho que yo no quería a Camelia.

—Conteste usted, señor *Hacker*.

Jonathan se sentó en una silla y jugueteó con uno de los trozos del jarrón veneciano. Hizo una mueca.

—Me casé con ella porque pensé que haría un matrimonio feliz. Usted quizá no lo crea. Para usted, sólo me casé por el dinero, pero sólo fue un adorno más que Camelia poseía... Confieso que me equivoqué con respecto a ella... Quizá se debió a que no conozco bien a las personas hasta mucho después de haberlas tratado. Nuestro noviazgo fue muy corto. Nos casamos a los tres meses de

habernos visto por primera vez. Ella se había mostrado como una mujer jovial. Poseía algo que yo nunca tuve, audacia. Para ella resultaba muy fácil convertirse en el centro de atracción de un grupo. Era la única que hablaba y, lo que es mejor, todos la escuchaban aunque no compartiesen su opinión.

Alzó la cara y esbozó una sonrisa.

—Sí, teniente, empecé a conocer a Camelia cuando ya era mi esposa... Siempre quería imponer su voluntad. Yo era un don nadie para ella. Me sometió a su tiranía. Yo no tuve valor para contrariarla, tenía miedo de que se divorciase de mí... Desde niño me pasé la vida trabajando y me asustaba empezar de nuevo. Por ello decidí soportarlo todo. A veces, cuando me encontraba a solas en esta casa, me daba ánimos a mí mismo... «Debes oponerte a ella, Jonathan; debes decirle que no pasarás por todo lo que ella quiera». Eso era lo que pensaba pero luego, cuando Camelia aparecía, me desmoronaba.

—La odiaba.

—No, teniente, pero es verdad que no la quería.

Mark Clyde dio unos pasos por la cocina. De espaldas a Jonathan, preguntó:

—¿Ha estado alguna vez enfermo, Jonathan?

Hacker se volvió.

—Lo corriente. Alguna gripe, algún resfriado, nada de importancia.

—¿Quién es su doctor de cabecera?

—El que atendía a mi mujer, Ray Ferguson.

—¿Y antes de que se casase?

—Paul Moore.

—¿No tiene familia, *Hacker*? ¿Padres? ¿Hermanos?

—No, señor. Soy sólo en el mundo.

—¿Alguna chica en particular?

—Es usted muy gracioso. ¿Cree usted que podría tener una chica?

—Su esposa le dejaba mucho tiempo libre. La señora Danson me informó de que tres o cuatro noches a la semana, ella y la señora *Hacker* se reunían con otras amigas... Esas sesiones duraban de dos a tres horas.

—No, teniente. Durante ese tiempo siempre permanecía en casa.

Una vez salí hasta el bar de la esquina. Sólo estuve fuera una hora pero, cuando regresé a casa, Camelia ya estaba aquí. Sostuvimos un altercado. Bueno, en realidad no fue eso, ya que Camelia fue la única que habló. Me ordenó que no saliese de casa mientras ella estuviese fuera.

—¿Y usted la obedeció?

—Desde luego. Siempre.

—¿En qué relojería trabajaba usted cuando conoció a Camelia?

—En la de Adam Milkin, en la Calle 63.

—¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Desde los dieciséis años.

—¿Y antes?

—Trabajé en un almacén de ropas, en una carbonería, en una agencia de transportes... Puedo citarle otros seis o siete oficios. Empecé a trabajar a los doce años. Fue entonces cuando murió mi madre. Mi padre la había precedido ocho años antes. Yo fui el único hijo del matrimonio. En cuanto a mis tíos, si los había, no los llegué a conocer.

En aquel momento apareció Reedbeck.

—Jonathan, creí que sólo venía a beber agua.

—El teniente Clyde quiso interrogarme.

Reedbeck entornó los ojos mirando a su compañero.

—¿Ya terminaste, Clyde?

—Sí, desde luego.

Los tres hombres volvieron al *living*.

CAPÍTULO VIII

—Somos el hazmerreír de la ciudad —exclamó el capitán Hannock, estrellando el puño contra la mesa—. Dos mujeres han sido asesinadas ante nuestras propias narices y nos han sido anunciados otros tres crímenes. Recibí hace una hora la visita del comisionado.

Si yo les repitiera cuanto me ha dicho, se les pondrían las orejas tan coloradas como a mí.

Los tenientes Mark Clyde y Reedbeck estaban silenciosos, frente a la mesa del capitán.

—¡Maldita sea, digan algo! —gritó Hannock.

—Ese individuo está loco —dijo el teniente Reedbeck.

—Magnífico, está loco. ¿Tiene ya preparada la camisa de fuerza?

—Quizá sí.

—¿Qué quiere decir?

—He pedido la colaboración de todos los sanatorios psiquiátricos, del estado. De un momento a otro recibiré una relación de los enfermos mentales que pasaron por allí en los últimos años.

—Enhorabuena, teniente. ¿Por qué no pide la ayuda de todos los sanatorios psiquiátricos de la nación para que le envíen las relaciones de sus pacientes durante las tres últimas décadas? Nos encontraremos con una bonita lista que abarcará un millón de habitantes. Luego el procedimiento es sencillo, sólo tenemos que ir preguntando a cada uno de los tipos que componen el millón dónde se encontraban anoche o el día anterior cuando fue muerta Camelia Brown.

El teniente Reedbeck no había oído al comisionado, pero también le enrojecieron las orejas.

—¿Y a usted, Clyde? ¿No se le ocurre nada?

—No, señor.

—Maravilloso. Nunca hemos estado mejor. La ciudad sólo habla del asesino loco. Hasta circulan chistes. Miren el dibujo del *Star*, un tipo con la cara de un hombre de las cavernas haciendo un ramillete de camelias mientras un policía le riega el jardín con una manguera. ¡Y ese policía tiene mi cara, maldita sea!

Se produjo un silencio tan sólo interrumpido por el resuelto del capitán.

—¿Qué hay del cordel con el que estrangularon a la señora *Hacker*?

—Es de la clase más vulgar —respondió Reedbeck—. Se vende en cualquier almacén por metros. Su precio es insignificante. Hay varios centenares de fábricas en el país que fabrican esa clase de cordel.

—¿Quieren decirme que debemos permanecer con los brazos cruzados?

—Estamos trabajando, capitán —dijo Reedbeck.

—¡No me importa si lo que hacen resulta efectivo...! ¡Salgan de aquí y empleen todos los medios a su alcance para dar con el asesino! ¡Si ese hombre llega a cumplir su amenaza y mata a su quinta víctima ustedes y yo nos tendremos que dedicar a otra cosa...!

* * *

Clyde estrechó la mano del doctor Ray Ferguson.

—¿En qué puedo servirle, teniente Clyde?

—Según me informaron, usted era el médico de cabecera de los esposos *Hacker*.

—Oh, sí, durante mucho tiempo la señora *Hacker* fue mi cliente y luego también atendí al señor *Hacker*.

—¿Qué clase de dolencias sufrió el señor *Hacker*?

—Si usted me permite, consultaré el fichero. Tengo muy mala memoria.

—Desde luego, doctor...

Clyde sólo tuvo que esperar unos minutos. El doctor Ferguson, alto, calvo, de nariz aguileña, sacó una ficha del cajón correspondiente y dijo mientras la examinaba:

—Hace cosa de nueve meses sufrió una gripe. Con anterioridad en marzo del año pasado sufrió náuseas, vómitos, por haber ingerido alimentos en mal estado...

* * *

El doctor Paul Moore era un tipo opuesto al doctor Ferguson, bajito, rechoncho y con una abundante melena.

—¿Jonathan *Hacker*...? Oh, sí, teniente Clyde, lo recuerdo, un muchacho muy atento...

Trabajaba en la relojería de Adam Milkin. Soy cliente de ellos...

—¿Durante cuánto tiempo atendió usted a Jonathan?

—Creo que fue mientras Jonathan permaneció en la relojería. Luego me dijeron que se había casado con una mujer rica. Bueno, estoy acostumbrado, ejerzo la profesión en este barrio... Es gente trabajadora... Pierdo muchos clientes cuando mejoran de fortuna... Los que suben de nivel no quieren volver a codearse con aquellos que los conocen. Es la vida, teniente.

—¿Qué me dice de Jonathan *Hacker* como paciente?

—Sufrió un par de enfermedades de tipo normal... Pero hubo algo que no pude diagnosticar con exactitud.

—¿El qué, doctor?

—Durante un período sufrió náuseas y vómitos.

—¿Cuándo fue eso?

—Tendré que mirar mi dietario.

—Esperaré, doctor.

Paul Moore invirtió unos minutos en buscar el dietario y hallar las anotaciones que buscaba.

—Aquí está... Las náuseas y los vómitos le sobrevinieron a Jonathan hace ocho años. Como ya le dije antes, trabajaba en la relojería de Milkin. Le receté varios medicamentos pero no sirvieron...

—¿A qué obedecían esas náuseas y vómitos?

—En un principio, creí que serían provocados por una afección de tipo estomacal, pero mis análisis demostraron que su estómago estaba perfectamente. Igual le puedo decir del hígado. Le aseguro que no pude saber ciertamente su origen...

—Náuseas y vómitos —dijo el doctor Fallón después de haber escuchado al teniente Mark Clyde—. Eso es lo que le ha intrigado a usted después de visitar a mis colegas, los médicos que han asistido durante los últimos años a Jonathan *Hacker*.

—Así es, doctor Fallón.

El psiquiatra entrecruzó los dedos sobre el pecho.

—Eso parece indicar que sus sospechas son fundamentadas. Es indiscutiblemente un obsesionado. Las náuseas y los vómitos proceden de perturbaciones digestivas.

—¿Qué tienen que ver las perturbaciones digestivas con la obsesión?

—Existe una íntima relación entre tales turbaciones y la debilidad nerviosa del obsesionado. Lo comprenderá enseguida, teniente. La debilidad nerviosa disminuye la secreción de las glándulas gástricas, paraliza la actividad del estómago y prolonga la permanencia de los alimentos en él. A consecuencia de lo cual, se producen fermentaciones anormales. La digestión resulta incompleta y de mala calidad. Por todo ello, aparecen náuseas y vómitos ya que, instintivamente, el paciente siente la necesidad de desalojar el estómago.

El psiquiatra hizo una pausa y prosiguió:

—Esa mala nutrición debida a la debilidad nerviosa da también origen a intoxicaciones que vician la sangre del organismo, lo cual acrecienta aún más la debilidad de las células nerviosas y la perturbación de las funciones vitales.

—¿Quiere decir que se produce una especie de círculo vicioso? La debilidad nerviosa produce las malas digestiones y éstas, a su vez, dan lugar a intoxicaciones de la sangre que nuevamente debilitan al sistema nervioso del individuo.

—Sí, el paciente, el obsesionado en este caso, va empeorando, aun cuando esto se produzca a un ritmo lento. Sin embargo, cuando llega la rebelión de que le hablé, el individuo parece sanar de sus dolencias, Es entonces cuando puede comer y digerir bien. Clyde se levantó.

—Gracias, doctor.

—¿Es su hombre el señor *Hacker*?

—Apostaría a que sí.

—¿Lo va a detener?

—No. No puedo.

—Si no me equivoco, ha matado a dos mujeres...

—Pero un jurado no vacilaría en dejarlo en libertad, ya que no puedo presentar contra él ninguna prueba. Ese hombre es muy astuto.

—El obsesionado del que hemos trazado la ficha se caracteriza por su habilidad, por su rapidez mental. No le envidio, teniente, va a vérselas con un hombre que en las presentes circunstancias podemos considerar como un superdotado.

—Lo comprendo, pero estoy dispuesto a enfrentarme con el señor *Hacker*.

—Le deseo mucha suerte, Clyde, y ya sabe que me tiene a su disposición.

—Le iré dando noticias conforme se vayan produciendo los hechos.

—Muy amable por su parte, teniente, porque se lo iba a pedir.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos y Clyde abandonó el gabinete del psiquiatra.

Una vez en la calle se dirigió al lugar donde había estacionado su coche. Se puso ante el volante y dio la vuelta a la llave del encendido.

De pronto sintió que unas manos lo tomaban por el cuello.

Levantó las suyas para apoderarse de los dedos que le apretaban en la carne. Y entonces oyó una voz:

—No lo voy a ahogar, teniente.

Era Cynthia Fleming, la periodista.

Clyde sintió una sorda irritación.

—¿Qué broma es ésta?

—Quise servirle de ayuda, teniente. Quizá ahora está en condiciones de saber más. Fue así como se cometió el segundo crimen.

—¿Qué hace aquí?

—Lo he estado siguiendo... ¿Se encuentra enfermo, teniente...? Ya ha visitado a tres doctores.

—Pasé muy mala noche.

—Oh, sí, y por eso fue a visitar dos doctores de medicina general

y, como ellos no dieron con la causa de su dolencia, se llegó a visitar a un psiquiatra.

—Salga del coche, señorita Fleming.

—¿Por qué se pone así? Usted y yo perseguimos el mismo objetivo, la captura del asesino de las Camelias.

Clyde recordó la caricatura del *Star* a la que se había referido el capitán Hannock.

—Imagino que fue usted quien le dio la idea a su dibujante. ¿Me equivoco, señorita Fleming?

—Oh, no, está en lo cierto.

—Posee una gran imaginación.

—Caramba, teniente, ¿se está poniendo romántico?

Clyde aspiró profundamente y señaló a Cynthia con el dedo índice.

—Quiero que se meta unas cuantas cosas en la cabeza.

—Primera —dijo Cynthia, sonriendo.

—Deje de vigilarme.

—Segunda.

—Le volveré a repetir que sus arrumacos no valdrán conmigo y que le convendría más limitarse a proceder como un periodista cualquiera.

—¿Un periodista cualquiera, teniente?

—Eso he dicho.

—Entonces, usted no tiene inconveniente en que proceda como uno de mis colegas masculinos.

—Me entendió perfectamente, señorita Fleming.

La joven abrió la portezuela y salió del automóvil, pero luego asomó la cabeza por frente a Clyde.

—Lo tendré en cuenta, teniente.

—Gracias, señorita Clyde.

—Hasta la vista, compañero —dijo la joven y, haciendo un saludo con la mano, se alejó. Clyde se la quedó mirando un rato antes de poner en marcha el coche.

CAPÍTULO IX

Clyde disco un número en el dial.

A la otra parte sonó tres veces el zumbido antes de que le contestaran.

—¿Sí?

—¿Señor *Hacker*...? Soy el teniente Mark Clyde.

—Ah, hola, teniente, ¿a qué debo el honor de su llamada?

—Perdí el encendedor. Creo que lo dejé en el *living* de su casa.

—Espere un momento. Lo buscaré.

Al cabo de un rato oyó otra vez la voz de *Hacker*:

—Teniente, no encontré su encendedor.

—Bueno, lo habré dejado en otra parte.

—Seguro, teniente.

—Gracias de todas formas.

—Ya sabe que estoy a su disposición —dijo *Hacker* y colgó.

Clyde se quedó pensativo. No, en ningún momento había identificado la voz de *Hacker* con la del desconocido que le había anunciado los cinco asesinatos que iba a cometer. Salió de la cabina y sentóse en un taburete ante el mostrador. Pidió un *whisky* y lo bebió a pequeños sorbos, reflexionando.

Ya habían pasado veinticuatro horas desde la muerte de Camelia *Hacker*. Suponiendo que Jonathan fuese el criminal que buscaba, existían dos posibilidades, que siguiese matando o que suspendiese los asesinatos, ya que el propio Jonathan se consideraría en peligro.

Había destacado cerca de la casa a dos de los muchachos, a Flavin y Graham. Este aspecto de la cuestión era ignorado por el teniente Reedbeck, quien se había tomado en serio la comprobación con respecto a los pacientes de los sanatorios psiquiátricos. A las diez de la noche, Clyde entró en el coche donde, envueltos en la

oscuridad, se encontraban Flavin y Graham.

—Informen —dijo Clyde.

—No han dejado de desfilar visitantes por la casa de *Hacker*. La esposa era muy conocida. Todos se llegaron a dar el pésame. Hemos visto unas cuantas veces al señor *Hacker* cuando ha salido a despedir a sus visitantes. Tiene profundas ojeras y parecía cansado.

Clyde miró hacia la casa. Estaba encendida la luz que correspondía al *living*, pero las ventanas estaban defendidas por visillos que no dejaban ver lo que ocurría en el interior.

—¿Hay alguien ahora?

—No, señor. Se encuentra solo.

—Seguid vigilando.

—Desde luego, teniente.

Clyde se deslizó del coche encaminándose tres casas más adelante. Allí estaban instalados dos especialistas, Gregory Kasberg y Kid Person. Se había interferido el teléfono de Jonathan.

Gregory Kasberg, de cabello rubio y nariz aguileña, estaba sentado en un sillón, leyendo una revista de historietas cómicas.

Kid Person fumaba ante el magnetófono con el que comunicaba el micro por donde llegaría cualquier conversación que Jonathan sostuviese con el exterior.

—¿Algo interesante? —preguntó Clyde después de cambiar un saludo.

—Recibió una docena de llamadas, pero me temo que ninguna tuvo importancia —repuso Kasberg—. Todas fueron para darle el pésame.

Clyde prendió un cigarrillo.

—Está bien. Pasen la cinta.

De nuevo volvió a oír la voz de Jonathan, pero tampoco se parecía en nada a la del asesino.

Cuando se hubo deslizado el trozo de la cinta en que habían quedado grabadas las llamadas, Kasberg detuvo el aparato.

Clyde se sentó en una silla, junto a la ventana. Desde allí no podía ver la casa de los *Hacker*. Aquélla en que se encontraban estaba vacía y les había sido fácil asegurarse la colaboración del propietario.

Clyde terminó de fumar el cigarrillo y oyó a su espalda la voz de Kasberg:

—¿Quiere un trago, teniente?

—No, gracias.

—Es un buen *whisky*.

El teniente vio a Kasberg cómo empinaba la botella.

En aquel momento se produjo una señal. El magnetófono se puso en movimiento. Al fin descolgaron.

Inmediatamente se oyó la voz de Jonathan *Hacker*:

—¿Sí?

—Hola, señor *Hacker* —habló una mujer—. Soy Catherine Knox. Sólo quería decirle que siento mucho lo que le ha ocurrido a su esposa. —Es usted muy amable, señorita Knox.

—Debe haber sido un terrible golpe para usted.

—Sí, señorita Knox.

—¿Cuándo se celebrarán los funerales?

—Pasado mañana.

—Me será imposible estar presente, señor *Hacker*. He de salir para Chicago.

—No se preocupe, señorita Knox, está disculpada... Le deseo un buen viaje.

—Muchas gracias, señor *Hacker*.

Luego, la conversación quedó interrumpida.

Primero colgó la señorita Knox y a continuación lo hizo Jonathan.

—Otra más para, la colección —dijo Person y dio un suspiro.

Clyde se quitó la chaqueta.

—Voy a dormir un rato. Si hay algo nuevo, me despertáis.

Los dos policías asintieron con la cabeza.

Clyde se tendió en el diván. Estaba cansado, muy cansado, y no tardó en dormirse.

* * *

Camelia Leroy era una bonita pelirroja de veinte años.

Se encontraba a disgusto en aquella fiesta.

Levy Aldrich la había acompañado, pero él, como siempre, había bebido demasiado y estaba contando chistes con otros amigos, en un rincón de la sala.

Salió a la terraza a fumar un cigarrillo.

Observó los rascacielos de la ciudad llenos de luz.

De pronto oyó una voz a su espalda:

—¿Puedo hacerle compañía?

Al volverse vio a un hombre de rostro bien parecido, ojos oscuros.

—Perdone —dijo él—. No hemos sido presentados. Soy Walford Flagg.

—Camelia Leroy.

—¿Quiere bailar, Camelia?

—No, gracias. Prefiero quedarme aquí.

—Hay hombres que no aprecian lo que tienen.

—¿Por qué dice eso?

—La vi llegar con ese muchacho de la corbata de lazo. Creo que su nombre es Aldrich, según me dijeron...

—Sí. Somos amigos desde hace algunos años.

—Si yo estuviese en el lugar de Aldrich, no la habría dejado un solo segundo.

—Es usted muy galante. Estoy acostumbrada a estas cosas de Aldrich. Siempre ocurre lo mismo cuando vamos a una fiesta. El bebe unas cuantas copas y...

—La deja para irse con otros.

—Aldrich tiene un carácter muy alegre. Le gusta hablar con todo el mundo.

—¿Está enamorada de él?

—Me he hecho muchas veces la pregunta. Unas veces la respuesta ha sido afirmativa y otras...

—La entiendo. —Flagg se acercó a la joven—. Si me permite decirlo, creo que sigue con él una táctica equivocada.

—¿A qué se refiere?

—Apuesto a que cuando usted y Aldrich han salido juntos, jamás lo ha plantado.

—Acostumbro a regresar a casa con el mismo hombre con el que salí.

—Aldrich lo sabe y por eso se permite esa forma de comportarse. Debió de darle una lección.

—Creo que le comprendo. Sólo puedo ser importante para Levy si le demuestro que él no es para mí un hombre absolutamente necesario.

—Exactamente. Se trata de un principio tan viejo como el mundo, pero le puedo asegurar que siempre da resultados.

—Usted me va a proponer ahora que empiece a ponerlo en práctica.

—Sí.

—Y que me marche con usted.

—Sé de un restaurante donde sirven los mejores platos italianos. ¿Conoce la cocina italiana?

—Un poco.

—¿Los ravioli?

—Alguien me llevó una vez a un restaurante donde los servían, pero sólo los pude probar.

—Eso es absurdo. Si usted probase los ravioli del lugar al que yo me refiero, se convertiría en una partidaria de ellos... Es un magnífico plato.

—No sé si debo aceptar.

—Nunca podrá ganar la batalla a Aldrich.

La joven se mordió el labio inferior y levantando la barbilla dijo:

—Estoy dispuesta a ir con usted.

—Bravo, Camelia —dijo Flagg, sonriendo.

Su salida del apartamento donde se celebraba la fiesta no fue advertida por nadie, porque en aquel momento reinaba un enorme bullicio.

Viajaron en un coche negro.

Camelia Leroy estaba silenciosa. Ya estaba arrepentida de haberse marchado de la fiesta.

—¿A qué se dedica, señor Flagg?

—Soy viajante por cuenta de una casa de productos químicos.

Al cabo de un rato, Walford Flagg detuvo el coche.

Camelia miró por las ventanillas.

Estaban en una amplia avenida, pero no vio el anuncio de ningún restaurante.

—¿Por qué se detiene? —preguntó Camelia.

—Quiero que vea algo.

—¿El qué?

—Una escena maravillosa. Más allá de esos árboles hay una especie de mirador. Desde allí se puede contemplar la ciudad y un gran trozo del río, con los rascacielos al fondo. Me he dado cuenta

de que hay muy pocas personas que conocen este lugar... Valdrá la pena, Camelia —él le sonreía con simpatía. Flagg abrió la portezuela de su lado y saltó fuera.

En aquel momento, Camelia hubiese dado cualquier cosa por seguir en la fiesta de los Bart.

Bueno, ¿por qué había sido tan torpe? Pero no tenía que preocuparse. Aquel hombre era correcto, educado.

Descendió del coche.

Walford Flagg la estaba esperando al lado de la proa.

Se internaron por entre los árboles, pisando el césped.

Estaban muy lejos de la carretera cuando ella se detuvo mirando al frente.

—¿Dónde está ese mirador?

Flagg se volvió mirándola a los ojos y dijo:

—No existe tal mirador.

—Una pareja de novios encontró a una mujer muerta a unas cien yardas de la carretera, en el sector de Cripe Creek.

—¿Cómo fue?

—Le aplastaron la cabeza con una piedra.

—¿Se sabe ya el nombre de la muchacha?

—Encontraron su bolso cerca... Dentro había una carta de una revista del hogar anunciando la aceptación de, un artículo. Estaba dirigida a Camelia Leroy. El teniente Reedbeck se encontraba en la comisaría cuando recibió la llamada.

—¿Ha tenido alguna llamada Jonathan durante el tiempo que he estado durmiendo?

—No.

Clyde abandonó la casa y caminó rápidamente hacia el coche donde se encontraban Flavin y Graham.

Al ver sus rostros comprendió que ya estaban informados de todo.

Miró hacia la casa de Jonathan. Las luces estaban apagadas.

—¿No visteis salir a nadie? —No, teniente.

—¿Vigilasteis todo el rato?

—Desde luego.

—¿A qué hora apagó la luz?

—Miré el reloj en ese momento. Eran las doce menos veinte, Clyde descendió del coche.

—¿Quiere que lo acompañemos, teniente? —preguntó Flavin.

—No. Iré solo.

Cruzó el jardín y subió al porche, pulsando el botón.

Se encendió la luz y poco después oyó unos pasos al otro lado de la puerta, la cual fue abierta por Jonathan, que se cubría con un batín que no había tenido tiempo de anudar. Bajo el batín llevaba un pijama azul.

—¿Usted, teniente?

—¿Puedo entrar?

—Desde luego.

Pasaron al *living* y Clyde se detuvo junto a un sillón volviéndose hacia *Hacker*.

—¿A qué hora salió, señor *Hacker*?

Jonathan parpadeó.

—No salí, teniente... He estado todo el tiempo en mi casa... —señaló el libro que había sobre la mesa ratona—. Estuve leyendo en el diván hasta más o menos las once... Llegué hasta la página sesenta y siete. Puede usted comprobarlo.

Clyde encendió un cigarrillo y observó la cara de Jonathan mientras lanzaba una bocanada de humo.

—¿Me puede decir lo que ocurre, teniente?

—Asesinaron a otra mujer.

—Y usted ha creído que soy yo. Maté a Camelia Brown, estrangulé a mi mujer y ahora he ahogado a la, otra. Imagino que también se llamará Camelia.

—Sí, pero a ella no la ahogaron. La mataron a golpes con una piedra.

Jonathan *Hacker* sacudió la cabeza.

—Ahora se convencerá de que no tengo nada que ver con la muerte de mi mujer. ¿O no está convencido, teniente? ¿Piensa acaso que me puedo filtrar por las paredes o estar en dos sitios al mismo tiempo...?

—Enséñeme sus zapatos.

—¿Qué zapatos?

—Todos los que tenga.

—Muy bien. Sígame a mi habitación.

La cama estaba deshecha.

Jonathan señaló los zapatos que había al pie de la cama.

—Ésos son los que he usado hoy.

Clyde tomó los dos zapatos y les dio la vuelta, examinando las suelas y el tacón. No había nada de particular en ellos.

—¿Dónde tiene los otros zapatos?

Jonathan abrió un armario y sacó dos cajas. Enseñó los zapatos que contenían. Un par de ellos estaban completamente nuevos y los otros muy poco usados.

—¿No hay más?

—Puede registrar la casa hasta el último rincón, pero no encontrará otro par de zapatos.

Clyde se dirigió a la cocina. Ya la había visitado antes sin descubrir una puerta trasera. Ahora observó las paredes, pero tampoco encontró nada anormal.

—Sólo existe una puerta —dijo Jonathan desde el hueco—. Por la que usted ha entrado, si es eso lo que busca. Todo lo que está haciendo me indica una cosa, teniente, que estoy Vigilado. ¿Acaso le dijeron sus hombres que salí de la casa...? Sería una falsedad. Le repito que he permanecido toda la noche aquí.

—No, señor *Hacker*. Puede estar tranquilo. Mis hombres no inventaron ninguna falsedad.

—¿Hasta cuándo va a durar esto, teniente?

—No haga nunca esa pregunta a un policía... Puede continuar durmiendo, señor *Hacker*.

* * *

—Camelia Leroy, veinte años, empleada como dactilógrafa en la compañía Fekema de importaciones y exportaciones con los países asiáticos. Fue a la, fiesta de los Bart, acompañada por Levy Aldrich, treinta y cinco años, contable de la Hayes, compañía de seguros. Aldrich tiene afición a la bebida. Había bailado con Camelia durante un buen rato. Luego la dejó para hablar con sus amigos. No la volvió a ver. Sólo uno de los invitados se dio cuenta de que Camelia abandonaba el apartamento de los Bart, la joven llamada Pearl Gates. Le pareció que Camelia salía en compañía de un hombre a quien no había visto antes. La señorita Gates también había bebido un poco más de la cuenta y no recuerda bien al fulano. Lo vio de espaldas. Según ella, debía medir uno setenta y

ocho de talla y era moreno, ancho de hombros. Se cubría con traje oscuro. Eso es todo.

El sargento Pettenhof alzó la mirada del cuaderno donde tenía las anotaciones.

Mark Clyde se pasó el dorso de la mano por la barba, la cual encontró un poco crecida.

—¿Qué hay de los otros invitados a la fiesta de los Bart?

—Nadie recuerda a ese tipo.

—¿Tampoco los Bart?

—No, teniente... Reedbeck los interrogó a todos, incluidos los Bart, y ninguno de ellos supo dar razón de ese hombre descrito de forma tan somera por Pearl Gates. Ya sabe lo que ocurre en esas fiestas. Está claro que el tipo que asesinó a Camelia Leroy se llegó allí cuando la fiesta estaba en marcha. Ese fulano tiene agallas.

Clyde emitió un gruñido y se dirigió al laboratorio donde habló con Robert Cunningham, jefe de los servicios.

—¿Qué encontró en la piedra, Bob?

—Sangre, cabellos y otras adherencias. Pero ninguna huella, si es a eso a lo que se refiere. Hay algo que quizá le interese. Saqué varios moldes en el lugar donde fue asesinada la muchacha. Hay seis iguales. Corresponden a unos zapatos masculinos.

—¿Cuál es el número?

—El cuarenta y dos.

Clyde recordó los zapatos de Jonathan *Hacker*. Eran del cuarenta.

—¿Qué otras características tienen esos zapatos?

—La suela es de crepé. Podrán seguir su pista cuando aporte todos los datos.

—Una pista que nos podría conducir hasta el propietario de los zapatos dentro de un par de años... De todas formas, entregue su informe al sargento Pettenhof.

CAPÍTULO X

El teniente Mark Clyde se estaba afeitando en su apartamento frente al espejo cuando sonó el teléfono de la mesilla de noche. Desconectó la maquina y salió del cuarto de baño.

—¿Sí? —dijo por el micro.

—Hola, señor Clyde.

Era otra vez el asesino.

—Creo recordar que dijo no me llamaría otra vez —dijo el teniente.

—Usted me dio lástima, teniente, y por eso quise darle ánimos.

—No, compañero. No es eso. Usted quiere saborear su triunfo... Piensa que me está humillando... Estoy seguro de que muchas veces habrá querido llamarme, pero luchó con ese deseo y al fin ha dicho más que usted.

—Bravo, teniente.

—Muy bien. Ya se decidió a hablar conmigo. Usted ha demostrado ser muy listo. —Me halaga mucho, teniente. Y no sabe lo que siento que ande usted dando palos de ciego... Eligió un candidato para cargarle todas las muertes. Jonathan *Hacker*... Es increíble que usted haya cometido ese error. ¿Cómo me ha podido comparar con él...?

Debería estar ofendido por ello.

—Dígame unas cuantas cosas.

—Jonathan *Hacker* es un hombre vulgar, un tipo débil... Sí, teniente. Todo lo contrario que yo.

—Oh, desde luego. Usted es un hombre importante.

—Creo que eso ha quedado probado sin ningún lugar a dudas. ¿Cuántos centenares de policías me buscan?

—No conozco el número exacto.

—Yo los he vencido. A usted, teniente, y a todos los demás.

—¿Va a seguir matando?

—Desde luego. Me faltan dos víctimas. ¿No lo recuerda? Le prometí que serían cinco Camelias... La próxima vez será una Camelia roja.

Clyde oyó que cortaban la comunicación desde la otra parte.

Él también lo hizo y quedó un rato a la espera. Al cabo de cinco minutos sonó el timbre y atrapó el auricular.

—Clyde al habla.

—Lo siento, teniente, pero también esta vez llegamos tarde.

—¿Desde dónde llamó?

—Desde un locutorio público de Rochester. No hemos encontrado ningún testigo.

Nadie lo vio entrar ni salir. Ese tipo es invisible.

—Gracias, Mac Donald —dijo Clyde y colgó definitivamente.

—¿Cree que eso dará resultado?

—Sinceramente, no. Ese tipo es muy listo. Y, por otra parte, no encontrará muchas dificultades en llegar a la persona que indudablemente ya ha elegido. Es lo que deduzco de los tres casos anteriores. El asesino conocía perfectamente la vida de sus tres víctimas y lo mismo ocurrirá con la pelirroja y con la que le siga.

—Le prohíbo que hable así, Clyde. No puede haber más asesinatos.

—¿Cree que no me gustaría impedirlo? —gritó también el teniente.

El capitán sacó un pañuelo del bolsillo con el que se secó la transpiración de la frente.

—Este caso va a terminar conmigo. ¿Sabe que no pegué un ojo en toda la noche...?

—No podemos hacer más.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe.

El capitán se puso en pie.

—Señor comisionado...

El aludido era un hombre de unos cuarenta años, que se cubría con traje marrón bien cortado. Manejaba con su mano derecha un veguero de gran tamaño con el que apuntó al capitán.

—Hannock, usted me ha convertido en el payaso de la ciudad...

—Lo siento, comisionado... —El capitán se interrumpió no

sabiendo qué decir, pero descubrió a Clyde junto a la ventana y lo señaló con el dedo—. Ahí tiene a Clyde, el hombre más eficiente de la Brigada, él le explicará.

—¿Qué tiene que explicarme, teniente?

—No tengo nada que agregar a lo que ha dicho el capitán.

Hannock se quedó con la boca abierta.

—Todos estamos un poco nerviosos, comisionado. Disculpe al teniente.

El comisionado avanzó sobre Clyde.

—Me temo que se está olvidando de quién soy.

—No, señor. No lo olvido.

—¡Sea más respetuoso cuando yo le pregunte, teniente!

—Procuro ser todo lo correcto que puedo.

—Entonces haga un esfuerzo si necesita serlo más. ¡Infiernos, usted es el causante de todo!

—¿Qué dice?

—El asesino quiso demostrar que era más listo que usted... Lo desafió... Fue algo personal entre ustedes...

—Es la mayor estupidez que he oído en mi vida.

Hannock tuvo la impresión de que se ahogaba.

El comisionado proyectó el maxilar inferior hacia adelante mirando con ojos furiosos a Clyde.

—¿Sabe lo que acaba de decir?

—Sí, señor. Y acepto la responsabilidad.

—Vive Dios que lo voy a arrojar de este departamento, teniente Clyde.

—Puede ordenar que me abran expediente, comisionado, pero eso no hará cambiar las cosas. Usted ha dicho que el asesino ha planteado una lucha personal conmigo... Eso es sólo una verdad a medias. Habría matado de igual forma si yo jamás hubiese prestado mis servicios como policía... En tal caso, habría elegido a otro oficial cualquiera para dar su información... Nadie mata por el simple hecho de demostrar que sabe más que un policía. Lo único que pasa en este caso es que el asesino necesita airear lo que él considera sus victorias personales. Con ayuda de un psiquiatra he establecido la personalidad de ese hombre. Es un tipo obsesionado, al borde de la esquizofrenia. La dificultad que existe para descubrirlo dimana del hecho de que se trata de un hombre

aparentemente normal que, con toda seguridad, esta misma mañana, a estas horas quizá, está siendo saludado por ciudadanos honrados ante los que él se conduce con la mayor naturalidad. Quizá usted mismo, le estrechó la mano hoy, comisionado.

—¿Yo? ¡Jamás me relaciono con asesinos!

—Era sólo un ejemplo.

—¿Tiene algún plan, teniente?

—La investigación sigue su curso normal. Sólo le puedo decir ésa. —No tengo bastante.

—Agregaré algo por mi cuenta. Si no descubro a ese asesino, le devolveré mi credencial y mi pistola.

El comisionado miró al capitán.

—Si eso llega a ocurrir, agregue usted también su credencial, señor Hannock.

Dicho esto, el visitante salió de la estancia pegando un fuerte portazo.

Hannock se dejó caer en una silla.

—Bueno, ya estamos listos los dos... Quizá nos convenga leer las demandas de empleos...

—Hola, teniente —dijo Cynthia Fleming, y se sentó en la mesa de Clyde.

—¿Es que no puede mantenerse lejos de mí?

—No puedo, teniente. Cada vez que nos vemos, me dice tantas cosas bonitas que me atrae usted sin poderlo remediar.

—No estoy para chistes. Siempre pensé que los periodistas deberían aprender un curso de psicología.

—Oh, teniente, es usted maravilloso dándome ideas. Me inscribiré en el próximo curso de la Universidad. Espero que eso le satisfaga.

Clyde emitió un gruñido por toda respuesta.

—Quiero que alegre esa cara, teniente.

—Me temo que no lo va a conseguir.

—¿Me deja hacer una prueba?

—Adelante.

—Imaginé una hipótesis con respecto al asesino.

—Vaya, también piensa...

—Sí, señor policía, también yo tengo un cerebro, aunque a usted le parezca extraño.

—¿Y cuál es su hipótesis?

—Me hice una pregunta. ¿Por qué ese criminal había elegido precisamente a las mujeres cuyo nombre fuese Camelia? Entonces se me ocurrió una respuesta. ¿No sería porque tenía predilección por esas flores?

—Estupendo. ¿Y qué hizo cuando su voz interior le dio esa respuesta?

—Me he pasado todo el día yendo de un lado a otro y también puse a trabajar en el asunto a dos compañeros de la redacción. ¿Sabía usted que hay una docena de asociaciones de floricultura en la ciudad? ¿Se enteró de que hay una de ellas especialmente dedicada a los tulipanes...? Pregúnteme lo que quiera sobre orquídeas y flores exóticas... No le cobraré nada por ampliar sus conocimientos.

—Concrétese a las camelias y le ofreceré un martini como pago.

—Trato hecho, pero que sea seco.

Clyde hizo el encargo.

—Por favor, incluya también un cigarrillo —dijo Cynthia—; acabé mi paquete.

El mozo dejó el martini en la mesa, y Cynthia bebió un pequeño trago. Tras la pausa dijo:

—La Sociedad de Cultivadores de Camelias está compuesta por ciento ochenta y dos socios. La camelia es una flor de temporada, a no ser que se cuente con invernadero. De los ciento ochenta y dos socios hay setenta y siete de ellos que disponen de él. Anualmente celebran un concurso para premiar a los mejores ejemplares obtenidos. Durante el último concurso fue premiado el socio con carnet número treinta y dos, Frank Wooley. Logró el primer premio con una camelia roja.

* * *

Mark Clyde leyó el nombre de Frank Wooley en el buzón para la correspondencia que había junto a la cancela del jardín.

A la derecha de la casa vio la cochera cuyas puertas estaban cerradas.

Cruzó por un camino de cemento bordeado por un seto y subió al porche.

En el jardín vecino, un hombre estaba cortando el césped con una máquina y ese ruido era el único que interrumpía el silencio.

Oprimió el timbre y esperó.

Al cabo de un par de minutos le abrió la puerta un hombre de unos treinta años de rostro bien parecido. Se cubría con un jersey de entretiempo color gris, pantalones azul marino y calzaba sandalias.

—¿El señor Wooley?

—Sí.

—Soy el teniente Mark Clyde, de la Brigada de Homicidios.

Mark enseñó su credencial.

—Adelante, teniente.

Clyde fue introducido en un *living* cuyas paredes estaban decoradas con cuadros abstractos.

—¿En qué puedo servirle, teniente?

Clyde vio en la mesa ratona cuatro periódicos. El también los había leído. Todos habían sido publicados aquella mañana.

—¿Qué es lo que le interesa tanto, señor Wooley?

—Esos asesinatos cometidos por un desconocido han logrado llamar mi atención...

Acérquese a la biblioteca y vea los libros que guardo en ella.

Clyde se acercó a una estantería. Había una biografía de Landrú, otra del doctor Petiot y cuatro dedicadas a Jack *el Destripador*.

También vio una obra en dos tomos con el título: *Enigmas sin resolver*.

—Creí que su especialidad eran las camelias, señor Wooley.

Wooley señaló otra estantería que había a la derecha, tan repleta de libros como la primera.

—Es realmente mi *hobby*, señor Clyde. Puedo cultivar camelias, pero no matar...

Clyde observó los tomos a que Wooley se refería. Contó una treintena de libros dedicados a la floricultura en general y media docena que tenían por objeto el cultivo de la camelia.

—¿Puedo ofrecerle un *whisky*, teniente, o debo de considerar que está en acto de servicio?

—Le aceptaré el *whisky*.

Wooley salió y Clyde se dedicó a observar atentamente la estancia.

Oyó un tintineo de cristal en la cocina y al cabo de un rato Wooley apareció llevando en cada mano un vaso.

Los dos bebieron pausadamente.

—Teniente, su visita me ha llenado de perplejidad. Como usted acaba de saber, he seguido la aventura de ese asesino a través de la prensa. Él lo retó a usted. Su presencia en mi casa y el hecho de que me dedique a cultivar camelias me hace deducir que para usted soy un sospechoso.

—Lo es, señor Wooley.

—En tal caso, me interesa cuanto antes disipar cualquier duda. Inicie su interrogatorio.

Gracias por su amabilidad. No es frecuente encontrar a personas dispuestas a prestarnos su colaboración de una forma tan espontánea.

Wooley bebió otro trago.

—Estoy preparado, teniente —dijo después.

—¿Dónde pasó la noche, Wooley?

—Aquí.

—¿Es usted casado?

—No.

—Entonces, ¿permaneció solo?

—No, teniente. Tuve visita.

—¿Quién fue su visitante?

—Fueron varios. Tres miembros de nuestra sociedad de cultivadores de camelias. Puedo decirle sus nombres.

Clyde sacó un cuaderno y entonces Wooley dijo:

—Milt Hogan, Harvey Duff y Willy Kper.

Dio a continuación la profesión de cada uno y su dirección.

—¿A qué hora llegaron a su casa?

—El primero en hacerlo fue Milt. Eran las siete y media. Luego fueron llegando los demás. Sólo Willy se demoró al parecer media hora después de lo convenido. Ya pasaban de las ocho. Iniciamos la partida de póquer sobre las ocho y cuarto y jugamos hasta las dos y media. —¿Hubo alguna interrupción?

—No, ninguna. Bueno, quiero decir que nadie salió de la casa... Hacia las diez hicimos un alto para comer unos *sandwichs* y beber cerveza, pero Milt estaba perdiendo y nos dio prisa para que reanudásemos el juego enseguida... Me fue bien anoche... Gané

ciento trece dólares. Milt se recuperó a costa de Harvey. Cuando se marcharon todos, me fui a la cama. Pero estaba desvelado y no podía dormirme. Siempre me ocurre lo mismo cuando juego. Bajé a la cocina y bebí un vaso de leche con un par de pastillas de somnífero. Cuando me acosté de nuevo, no tardé ni cinco minutos en dormirme.

Antes de llegar allí, Clyde se había informado de que Frank Wooley era propietario de un aserradero.

—¿Quiere ver mis camelias, señor Clyde?

Mark dio la conformidad.

El invernadero estaba en la parte trasera de la casa.

Clyde no era un aficionado como Wooley, pero supo admirar las camelias.

—Aquí tiene una muestra del ejemplar gracias al cual conseguí el primer premio. La camelia roja... Observe su colorido... No es el rojo habitual... —Gracias por todo, señor Wooley.

* * *

—Su hipótesis ha caído por tierra, Cynthia —dijo Mark Clyde—. Estuve hablando con los tres amigos de Frank Wooley y todos repitieron la historia que Wooley me había contado.

—¿Y si los cuatro estuviesen de acuerdo?

—No, Cynthia. Dos de ellos son casados y hablé también con las mujeres respectivas. Ratificaron la hora en que salieron de casa sus maridos y la de regreso. Si prosperase su teoría, tendríamos que sentar en el banquillo de los acusados a Veinte o treinta personas.

La joven dio un suspiro.

—Había tenido muchas esperanzas de haber dado en la diana.

—Tendrá que empezar otra vez.

—Prefiero que me diga cuál es su opinión con respecto al caso, teniente.

—No tengo formada opinión.

—Me está mintiendo.

—Quizá sí.

—¿Por qué? Yo puedo prestarle ayuda. Ya lo he intentado con Frank Wooley.

—Oh, sí, ya lo intentó y sólo hice que perder el tiempo.

—¿Y si hubiese acertado?

—Lo importante es que no acertó.

—He hablado con uno de sus hombres. Dice que usted tiene un olfato especial para seguir la pista del asesino.

—¿Cree que me habría ocupado de las camelias si hubiese tenido esa pista...? —Clyde se levantó de la mesa—. Hasta la vista, señorita Fleming.

CAPÍTULO XI

Jonathan *Hacker* observó que las saetas del reloj de la repisa marcaban las doce y media de la noche.

Hacía rato que había apagado la luz de su dormitorio.

Ahora se acercó a un armario y abrió un cajón del cual extrajo unos guantes negros con los que se cubrió las manos tranquilamente.

A continuación se puso un abrigo y un sombrero oscuro.

Deslizóse sigilosamente del piso superior por la escalera hasta abajo, abriendo la puerta de la habitación que en otro tiempo fue destinada a la criada. Llegó junto a la ventana y permaneció allí cinco minutos observando el exterior.

Consultó la esfera de su reloj fosforescente. Las manillas señalaban la una menos cuarto.

Abrió sigilosamente la ventana y descendió por ella. Luego atrapó las hojas dejando la ventana cerrada.

Siempre agachado, refugiándose en los setos pudo llegar hasta la verja que lo separaba del jardín vecino.

Saltó a la otra parte.

Sonrió al ver, el coche de la policía estacionado al otro lado de la calle. Nadie se movía en el interior.

Salió del jardín y siguió por un callejón hacia la parte trasera de las casas.

Al cabo de un rato pudo tomar un taxi.

Tras una carrera de veinte minutos pagó al conductor y continuó su camino a pie. Las construcciones por aquella parte de la ciudad eran muy antiguas, casas de madera, rodeadas por jardines donde crecía la maleza.

Abrió la puerta de uno de ellos.

Jonathan encendió una linterna sorda iluminando el trecho que lo separaba del porche. Luego subió sin hacer ningún ruido.

Llamó con los nudillos en la puerta.

Tras una corta espera, oyó una voz a la otra parte:

—¿Quién es?

—Abre, Gordon. Soy yo.

Despasaron una cadena a la otra parte y la puerta fue abierta.

Jonathan se coló dentro.

Ante sí vio a un hombre de unos treinta años que le sonreía. Su rostro era bien parecido, el cabello rizado, los ojos negros.

—¿Hiciste lo que te dije, Gordon?

—Tal como estaba planeado.

—Explícamelo.

—Hice la llamada al teniente anunciándole que esta vez moriría una *Camelia roja*.

—¿Estás seguro de que no te siguieron?

—Abandoné el locutorio mucho antes de que ellos pudiesen llegar. Me atuve a sus instrucciones. Esta vez le llamé a su casa, aunque tuve que hacerlo tres veces antes de encontrarlo allí.

—No cometerías la estupidez de llamarle tres veces desde el mismo sitio.

—No, señor *Hacker*. Utilicé siempre una cabina distinta. Entre las dos más próximas había una distancia de cinco millas.

Jonathan *Hacker* ocupó un desvencijado sillón. Con sus manos enguantadas sacó un paquete de cigarrillos y encendió con la caja de fósforos que había sobre la mesa.

El llamado Gordon estaba de pie frente a él.

—¿Ha traído el dinero, *Hacker*?

—No.

—¿Cómo es eso? Quedamos en que esta noche traería los cinco mil dólares.

—Mi mujer no tenía bastante efectivo en casa, sólo un centenar de dólares.

—Pero contaba con una hermosa cuenta corriente.

—Sí, Gordon. Es cierto. Mi mujer reunió en el First National unos cincuenta y cinco mil dólares. Pero yo no puedo disponer de ese dinero hasta que se realicen ciertos trámites legales...

—Ya estoy enterado de todo eso. No hace falta que me lo

explique. Pero usted dijo que su mujer tenía en casa más de cinco mil dólares.

—Se los vi hace unos días pero, al parecer, los ingresó sin yo saberlo.

—No me gusta eso, señor *Hacker*.

—¿El qué, Gordon?

—He matado a dos mujeres por usted para permitirle que liquidase a su esposa... Yo he cumplido.

—Y yo también cumpliré contigo, Gordon. Todo lo hiciste muy bien. No tengo ninguna queja... Te he dicho desde el principio que lo había organizado todo perfectamente. —Yo he tenido que correr con la mayor parte de los riesgos y es justo que reciba el dinero que usted se comprometió a pagar.

—¿Quién te lo niega, Gordon...? Parece que estás un poco nervioso.

—Tengo ganas de terminar con esto de una vez.

Jonathan se puso en pie y caminó hacia un sillón donde había restos de un cordel. Lo tomó con su mano enguantada.

—¿Cortaste de aquí el trozo de cordel que te sirvió para el primer trabajo?

—Sí.

Jonathan dejó sí cordel en el lugar donde se encontraba.

—¿Cuántos pares de zapatos tienes, Gordon?

—Sólo uno. Los que llevo puestos.

—¿Qué clase de suela tienen?

—De crepé, justo la que he necesitado para poder deslizarme sin alboroto.

Jonathan se acercó a Gordon y le dio unas palmadas en el brazo.

—Has sido... magnífico ayudante. ¿Qué me dices de la Camelia roja?

—Vendrá ahora. De un momento a otro.

—¿La has elegido tal como yo te dije?

—Sí, señor *Hacker*. Es una mujerzuela del puerto. Me hice pasar por marinero. No crea que no me costó trabajo dar con la chica, pero lo demás fue fácil. Le di cinco dólares adelantados y le prometí otros veinte.

Jonathan se miró las manos enguantadas.

—Esta vez el trabajo lo haré yo.

—Sí, señor *Hacker*, pero llévesela lejos. No quiero que lo haga aquí.

—No te preocupes. ¿Tienes por ahí un trago de *whisky*?

—Desde luego. —Gordon abrió una puerta y Jonathan vio al fondo una cama deshecha.

Gordon regresó con una botella de *whisky* y un vaso donde escanció tres dedos de licor. Jonathan bebió un trago mientras Gordon lo hacía directamente de la botella. Luego Jonathan soltó una risita.

—¿Qué te dijo el teniente Clyde?

—Está completamente desconcertado.

—Lo supongo.

—No nos atrapará.

—Pero sospecha de mí, Gordon.

—¿Eh? —dijo Gordon, frunciendo el ceño.

—Tal como yo suponía, ese tipo es listo como el mismo demonio.

—Pero ¿cómo pudo sospechar? El habrá sabido por todos que usted es un hombre incapaz de hacer daño a una mosca.

—Pero ese condenado debe poseer una especie de sexto sentido. Interfirió mi teléfono, me puso vigilancia... Mis previsiones fueron buenas. Por eso te dije que no debías llamarme a casa.

—No sabía que estuviese el asunto tan feo.

—No lo está.

—Usted me preguntó si me habían seguido pero, tal como están las cosas, quizá sea usted el que haya traído los sabuesos detrás.

—No, muchacho. Ya me cercioré de ello.

—Suponga que se dan cuenta de que no está en casa.

—Salí a dar un paseo. Ningún ciudadano está obligado a llevar tras de sí a un policía sin su consentimiento. Eso es lo que diría al teniente Clyde y tendría que conformarse.

—Continúo pensando lo mismo que antes. Debemos terminar con esto.

—Sí, Gordon. Lo terminaremos muy pronto.

—Pero después de la pelirroja habrá una quinta víctima.

—No, muchacho. No habrán más. Con la pelirroja tendremos bastante.

—¿Por qué?

—El teniente se quedará convencido esta vez de que no tengo nada que ver con el asunto... —*Hacker* hizo una pausa y brindó—: Por nosotros, Gordon.

Gordon bebió otra vez de la botella mientras Jonathan apuraba el contenido de su vaso.

—¿Cuándo me va a traer el dinero? —inquirió Gordon.

—Eres un muchacho de ideas fijas.

—Quiero largarme cuanto antes de esta ciudad.

—¿Por qué tanta prisa, Gordon?

—Quiero ir a Miami. Pasé por allí hace un par de años... ¿Sabe cuánto tenía en los bolsillos...? Yo se lo diré. Un condenado dólar. Vi las mujeres que allí había y la vida que se pegaban los tipos con plata. Juré que algún día volvería allí y que entonces yo también viviría como uno de aquellos afortunados.

—Bien hecho, muchacho.

Gordon fue a replicar, pero Jonathan levantó una mano.

—Silencio. Oigo pasos en el jardín.

Gordon corrió hacia el diván, levantó un almohadón y atrapó una pistola.

—Debe ser ella —dijo.

Los dos esperaron conteniendo la respiración.

Escucharon los pasos en el porche y luego sonó el timbre.

Gordon apretó la pistola.

—Guarda eso —ordenó Jonathan.

Gordon guardó la pistola en el bolsillo del pantalón y salió del *living*.

Jonathan oyó que la puerta se abría y a continuación una voz femenina:

—Hola, Jim.

—Camelia, estás preciosa.

Jonathan oyó el chasquido de un beso.

—Ven, querida —dijo Gordon—. Te tengo preparada una sorpresa.

—Me gustan las sorpresas —repuso ella.

Los dos entraron en el *living*. La joven se quedó quieta al ver allí a un desconocido.

—Creí que íbamos a estar solos, Gordon —murmuró.

—Tengo que aclararte algo. No te contraté para mí, sino para él.

—Eh, ¿qué significa esto? —protestó ella.

Jonathan se acercó a la muchacha y dijo sonriendo:

—Me gustaste nena, pero yo soy un hombre que por ciertas circunstancias no podía entrar en el lugar donde tú te encontrabas.

Camelia se mojó el labio con la lengua.

—No comprendo nada.

—No necesitas comprender. ¿Cuál es tu nombre?

—Camelia Arlington, pero es extraño que no lo sepas si dices que te gusto.

—Sólo pude verte y no tuve oportunidad de preguntar tu nombre.

Ella se volvió bruscamente hacia Gordon.

—¿Por qué no me dijiste la verdad?

—Eh, nena. Nada de escenas. Nunca me han gustado. Te pagué cinco dólares adelantados y vas a seguir cobrando los veinte, El te los dará. Sólo tienes que ir con mi amigo.

—No iré a ninguna parte con él.

Jonathan *Hacker* continuaba sonriendo.

—No te gusto, ¿eh, nena?

—Ni pizca.

—Una muchacha muy sincera.

—Cuando quiera algo de mí ya sabe dónde encontrarme. Lo trataré como a cualquier cliente.

—¿Qué vas a hacer?

—Marcharme. Eso es lo que voy a hacer.

Fue a volverse pero Jonathan se abalanzó sobre ella y la golpeó coa el puño cerrado en la nuca.

La joven dio un gemido y se derrumbó en el suelo.

—¿Por qué ha hecho eso? —exclamó Gordon.

—¿Es que no lo viste? Se iba a marchar. Sólo está desvanecida.

—Llévesela de una vez, aunque tenga que cargarla al hombro.

—Despiértala, y la convenceré para que me acompañe por las buenas.

—No creo que lo consiga.

—Le daré cien dólares aquí mismo.

—Si es así, no tendría inconveniente.

—Moja un trapo en agua y pásaselo por la cara —dijo Jonathan.

Gordon fue a la cocina y poco después regresó con el trapo

mojado. Se puso en cuclillas sobre la pelirroja.

Jonathan había atrapado la botella de *whisky* que Gordon había dejado sobre la mesa. Levantó el brazo y lo descargó con todas sus fuerzas sobre la cabeza de su cómplice, el cual cayó de bruces sobre la joven, se estremeció unos segundos y finalmente quedó inerte la puerta. El teniente estaba tendido en un diván fumando un cigarrillo.

—Una fulana pregunta por usted.

—¿Una fulana?

—Una chica del oficio. Su nombre es Natalie Tabret. No ha querido decir el motivo que la ha traído hasta la comisaría. Sólo hablará con usted.

—Hazla pasar.

Clyde puso los pies en el suelo y los metió en los zapatos.

Se estaba anudando el izquierdo cuando se abrió la puerta y entró en la estancia Natalie Tabret.

—¿El teniente Clyde?

—Sí. Soy yo. ¿Qué quieres?

—Vengo a hablarle de una compañera... Me preocupa. Creo que le ha pasado algo.

—¿Por qué?

—Quedó citada con un tipo a la una y media de la madrugada en una casa de las afueras.

—¿Y qué hay de malo en ello? Todas vosotras os citáis muy a menudo.

—Sí, teniente, eso es cierto, pero lo de Camelia es distinto.

—¿Camelia?

—Sí.

Clyde se aproximó a la joven.

—¿Con quién quedó citada?

—Yo no llegué a ver al tipo... Camelia me dijo que se llamaba Jimmy. Se conocieron esta tarde en el lugar donde Camelia y ya trabajamos... Bar Merriman. Camelia no me lo dijo hasta esta noche. Jim le había dado cinco dólares y le prometió que le daría veinte más. —Una pregunta, Natalie. ¿De qué color tiene el cabello Camelia?

—Es pelirroja, teniente.

—¿Dónde quedó citada con ese Jim?

—Calle Hanstten, número 114.

—Ven conmigo, Natalie.

Poco después, un coche de la policía corría en dirección a la calle Hanstten. En él viajaba el sargento Pettenhof, los inspectores Harley Casson, Lewis Madras, el teniente Clyde y Natalie.

—Dimos aviso a todas las Camelias que fuesen pelirrojas de que tomasen precauciones —dijo Clyde.

—Debo darle una explicación, teniente —contestó Natalie—. Mi amiga no se llama Camelia.

—Entonces, ¿por qué le llaman así?

—Entre nosotras ya sabe que es corriente ponerse apodos. A Betty le gustan las camelias. Siempre lleva una prendida del pecho. Tiene varias de plástico, en diversos colores.

—¿Quién conoce que su nombre no es Camelia?

—Muy poca gente. Solamente algunos amigos, pero entre ellos no está ese Jim. Ya le he dicho que lo conoció esta tarde.

—Comprendo. Ese Jim oyó que la llamaban Camelia y creyó que ése era su nombre.

Cuando llegaron a su destino vieron la casa envuelta en la oscuridad.

Clyde saltó del coche y entró en el jardín con la pistola en la mano.

Pulsó repetidamente el timbre, pero del interior de la casa no le llegó ningún ruido.

El sargento sacó una llave falsa que hizo funcionar en la cerradura.

El teniente fue el primero en entrar. Dio la vuelta al conmutador de la luz.

Apenas dio un paso, descubrió un cuerpo en el *living*, el de una mujer de cabello rojizo. Volvió la cabeza.

—Quédate ahí, Natalie.

—¿Qué pasa?

—Tus temores no eran infundados.

—¡Betty!

Madras tomó a la joven por el brazo mientras el teniente, el sargento y Casson penetraban en el *living*.

Junto a la mujer había otro cuerpo inmóvil, el de un hombre. Ella mostraba una profunda herida en la cabeza y él una grieta en la

sien por la que mostraba el hueso. La pelirroja esgrimía una botella rota cuyos cristales tenían huellas de sangre.

—Bueno —dijo el sargento—. Aquí termina el caso del asesino sádico. Se trajo una de sus víctimas a esta casa para matarla, pero ella se defendió y logró acabar con él en el último momento.

El teniente no dijo nada. Seguía observando los dos cadáveres.

Lewis Madras había entrado tras de ellos y estaba observando la habitación.

—Eh, teniente, mire esto...

Estaba señalando la cuerda que había sobre un sillón.

—¿Le dice algo, teniente?

—Sí. Parece del mismo tipo con la que estrangularon a *Camelia Hacker*. Y este hombre calza zapatos del cuarenta y dos con suela de crepé. Seguro que corresponde al molde que Bob Cunningham sacó en Cripe Creek, donde mataron a *Camelia Leroy*.

Lewis Madras dejó escapar un suspiro.

—El asesino recibió al fin lo suyo.

CAPÍTULO XII

El comisionado sonreía sentado en la silla frente al capitán Hannock. En la estancia también se hallaban los tenientes Mark Clyde y Paul Reedbeck.

—¿Vieron el hermoso titular? —dijo el comisionado y extendió el periódico ante los ojos de los presentes. En negros titulares se leía:

«Una Camelia Roja acabó con el asesino sádico».

Todos conocían ya aquella primera página del diario antes de que el comisionado se la mostrase, pero el capitán sonrió como si la viese por primera vez.

—Muy hermoso, comisionado. Gracias por haberlo traído. Nosotros, los que cumplimos con nuestro deber...

El comisionado detuvo el comienzo del discurso con un gesto.

—El periódico dice muy poco acerca de este tipo, Jimmy. Imagino que ustedes sabrán algo más.

—Sí, todo lo referente a él. Conseguimos su prontuario de Washington gracias a sus huellas dactilares.

—¿Qué prontuario es ése?

—Su verdadero nombre es Gordon Wagner, edad treinta y tres años, natural de Little Rock (Arkansas). Condenado tres veces por robo, dos por asalto a mano armada. Sufrió procesos por asesinato y homicidio intencional, pero en ambas ocasiones fue absuelto por falta de pruebas.

—Todo un tipo, sí, señor —cabeceó el comisionado—. Pero al fin esa mujer, su cuarta víctima, acabó con él, aunque naturalmente nuestro departamento habría descubierto a Gordon. ¿No es así,

capitán?

—Seguro, comisionado.

El jefe del departamento se puso en pie.

—Caballeros, ha sido un alto honor...

Estrechó la mano del capitán Hannock y de todos los presentes y, siempre sonriendo, abandonó el despacho.

* * *

Jonathan *Hacker* estaba tendido en un diván fumando un cigarrillo. Observaba atentamente cómo el humo se disgregaba en su camino hacia el techo.

Sonó el timbre de la puerta y puso los pies en el suelo. Tras desperezarse fue al vestíbulo y abrió. En el porche estaba la figura del teniente Clyde.

—Ah, teniente, es usted.

—Buenos días, señor *Hacker*. ¿Puedo entrar?

—Claro que sí, ya sabe que siempre es bienvenido a esta casa.

Pasaron al *living* y el teniente se masajeó el mentón como si no encontrase las palabras.

—Lo imagino enterado de todo, señor *Hacker* —dijo.

—Desde luego. Tengo un ejemplar del *Star* —señaló el que estaba sobre la alfombra.

—He venido a disculparme, señor *Hacker*... Creo que me excedí con usted.

Hacker esbozó una sonrisa.

—Oh, no, teniente; usted no debe decir eso... Al fin y al cabo, estaba cumpliendo con su deber... Si yo hubiese estado en su lugar, habría hecho lo mismo. Yo era un sospechoso.

—Ahora el caso quedó aclarado. Espero que lo olvide todo.

—Sí, teniente. Ya puede estar seguro de que lo olvidaré... Dentro de unos días iniciaré un viaje a Europa. Precisamente eso es lo que deseo. Olvidar. Le fui sincero a usted cuando le dije que no quería a mi esposa. Le fui sincero en todo.

—Gracias, señor *Hacker*. A veces, en el desempeño de nuestras funciones, nos hacemos antipáticos a la gente. Celebro que sea tan comprensivo... No es frecuente encontrar personas como usted.

Cambiaron un apretón y *Hacker* acompañó a su visitante hasta la

puerta. Lo vio cruzar el jardín y luego el teniente Clyde se metió en un coche negro y éste se alejó por la calle.

Hacker dio un suspiro de satisfacción y entró en su casa cerrando la puerta.

Había vencido. Naturalmente, eso ya había sido previsto por él. Les ganaría a todos. Había desarrollado su plan con exactitud, sin cometer un solo error, pero ahora debía cerciorarse de que todo estaba en orden.

Invirtió media hora en su aseo personal y finalmente salió de casa. Lo hizo con tranquilidad. Sus ojos miraban subrepticamente a un lado y otro. No, el coche de la policía ya no estaba allí.

Fue hacia el barrio comercial y empezó a detenerse ante los escaparates.

Al cabo de un par de horas estuvo dispuesto a jurar que no era seguido. Un poco cansado, decidió entrar en un bar.

Se sentó en una mesa del fondo y despachó un almuerzo. Luego encendió un cigarrillo.

Frente a él, en la pared, había una gran fotografía de la bahía de Nápoles. La vida sería maravillosa para él a partir de ahora. No sólo Nápoles estaría incluido en su itinerario.

Visitaría también otras hermosas ciudades donde encontraría bellas mujeres...

—Caballero —dijo el mozo que le había servido—. Le llamas al teléfono.

—¿A mí? No puede ser. Es la primera vez que vengo aquí.

—Perdone, pero han dado su descripción. Traje oscuro, ojos negros, nariz recta... Es una voz femenina y ha dicho que quería hablar con el hombre que estaba sentado en la mesa que enfrenta con la fotografía de la bahía de Nápoles.

Jonathan miró a la derecha. Ante la mesa había dos mujeres. En cuanto a la de la izquierda, estaba vacía.

—Debe ser una equivocación —dijo—, pero de todas formas irá.

Poco después se introducía en la cabina. Tomó el auricular estaba descolgado.

—¿Sí?

—Hola, amiguito.

Era una voz de mujer.

—Perdone, pero me temo que no soy la persona con la que usted

quiere hablar.

—¿Usted cree, querido?

Jonathan sonrió.

—Sí, señorita... Indudablemente me fui a sentar en una mesa que debía ocupar el hombre en el que usted está interesada.

—Es usted el hombre en el que yo estoy interesada.

—Le repito que se equivoca.

—Usted es Jonathan *Hacker*.

—¿Quién es usted?

—Una amiga de la chica...

—No le comprendo... ¿Se refiere a... a mi mujer?

—Vamos, señor *Hacker*, no se haga el tonto. Usted sabe perfectamente a qué chica me refiero, a Betty.

—No tengo la más ligera idea de quién pueda ser esa tal Betty.

—Bueno, usted la conocía por otro nombre. Camelia.

—Continúo sin saber de qué está hablando.

—Camelia y Gordon. Gordon y Camelia... Y tampoco me diga que no conoce a Gordon Wagner. Para que deje de asombrarse de una vez, le diré que mi amiga Betty, Camelia para usted, no se fió mucho de ese Gordon. Yo era su amiga íntima y me contó la clase de cita que tenía. Naturalmente. Camelia quería los veinte dólares que Gordon le había prometido, pero no cumplió una de las condiciones que le impuso Gordon. Tenía que ir sola al número ciento catorce de la calle Hanstten. Pero Camelia no fue sola, señor *Hacker*. Yo la acompañé.

Jonathan sintió que el sudor le corría por las mejillas.

—¿Quiere que siga hablando, señor *Hacker*?

—Aunque todo lo que dice no tiene sentido para mí, puede hacerlo, si eso la satisface. —Lo vi salir de la casa, a usted, señor *Hacker*. Usted no me vio porque estaba muy oscuro y yo estaba escondida detrás del álamo que hay a la izquierda.

—Está usted loca.

—¿No cree la historia?

—No, señorita. No ha contado nada en ella que sea verdad. Me refiero a mí, naturalmente.

—Entonces habrá quien la crea.

—¿Qué quiere decir?

—Me estaba refiriendo a la policía. Seguro que ellos encuentran

interesante mi relato... Es una lástima que no sea comprensivo, señor *Hacker*. Yo sólo pretendo un poco de dinero... Soy una pobre muchacha, tengo que trabajar mucho para ganar un condenado dólar... Ya le dije que soy compañera de Camelia.

—He leído en un diario que la amiga de esa mujer, Camelia, o como quiera que se llamase, era Natalie Tabret.

—Betty nos contó la historia a las dos, a Natalie y a mí. Pero entre Natalie y yo existe una diferencia. Ella siempre será una estúpida y fue a la policía con el cuento... Cuando Betty se disponía a marcharse, Natalie se encontró con un cliente. Betty me pidió que la acompañase. Decidí hacerlo y ahora celebro mucho haberlo hecho porque se ha convertido para mí en un buen negocio.

—¿Un buen negocio?

—Sí, señor *Hacker*. Ya le hablé antes de dinero. Usted me va a entregar diez mil dólares.

—No sabe lo que dice.

—Su mujer era rica, señor *Hacker*. Usted tiene ahora mucho dinero. Puede pensarlo cuanto quiera, por ejemplo, un minuto... Pasados los sesenta segundos, si no se ha decidido, subiré cinco mil más. ¿Hermoso, verdad?

Jonathan sacó el pañuelo con el que se enjugó el sudor de la cara.

—¿Cuál es su nombre, señorita?

—No lo sabrá hasta que hayamos convenido el trato.

—Muy bien. Diez mil dólares.

—Sabía que aceptaría, señor *Hacker*.

—Tengo los diez mil dólares en casa, de modo que puedo llevárselos a donde usted quiera.

—Magnífico, señor *Hacker*, me gusta la rapidez... Le daré mi dirección. Mi nombre es Petula Holmes... Calle Nord, 124, apartamento 17.

—No puedo ir de día.

—No se preocupe, señor *Hacker*, no tengo excesiva prisa si ha de venir esta noche.

—Iré.

—¿Le parece bien a las nueve, señor *Hacker*?

—Prefiero las doce, si no tiene inconveniente. Soy un hombre que ha quedado viudo y ya sabe cómo son las personas. No me

gustaría que nadie creyese que estoy pensando en divertirme.

—Oh, sí, señor *Hacker*, tiene usted razón. Le espero a medianoche. Pero le advierto una cosa. Me encontrará sola, pero con una pistola en la mano.

—¿Qué dice, señorita Holmes...? Soy un hombre que sabe cumplir.

—Hasta luego, señor *Hacker* —dijo la mujer que estaba al otro extremo del cable y colgó.

Jonathan sintió que le temblaba la mano con la que sostenía el auricular. Maldijo a Gordon con los dientes apretados. Aquel estúpido lo había echado a perder todo. Se apretó las sienes con la mano libre y entonces recordó algo. Buscó en la guía el número del bar Merriman al cual llamó. Oyó una voz varonil, carrasposa.

—Oiga, soy un amigo de Petula, quiero hablar con ella.

—Petula no está aquí. Las chicas no vienen hasta la tarde.

—Por favor, es importante, deme la dirección de la muchacha.

—Calle Nord, 124, pero no recuerdo el apartamento. Vaya allí y lo sabrá.

—Gracias —murmuró Jonathan y dejó el auricular en la horquilla.

Salió de la cabina casi tambaleándose.

Miró en su derredor con los ojos agrandados pensando en que alguien lo pudiese observar.

Pero nadie reparaba en él.

Caminó hacia la mesa y ocupó su silla.

Era cierto. Existía aquella Petula que trabajaba en el bar Merriman. Y el hombre que había atendido su llamada le había repetido la dirección que sabía por boca de la propia Petula.

Hundió la barbilla en el pecho.

—¿Le ocurre algo, caballero?

Al oír aquella voz alzó los ojos y forzó una sonrisa porque se trataba del mozo.

—No, sólo sufrí una pequeña indisposición.

—¿Quiere que avise al doctor?

—Oh, no, ya me encuentre mucho mejor.

Pagó el importe de su almuerzo y agregó un dólar de propina.

Salió a la calle y reanudó su paseo. Ahora más que nunca observó atentamente a su alrededor para saber si era seguido. A

veces apretaba el paso. Otras se detenía. Por fin, al cabo de una hora, se convenció de que, realmente, la policía lo había dejado en paz.

CAPÍTULO XIII

Jonathan *Hacker* pulsó el timbre de la puerta número 17.

Una voz femenina dijo desde el interior:

—Está abierto.

Jonathan puso la mano en el picaporte y lo hizo girar.

Entró en la estancia y enseguida vio a la mujer. Estaba sentada en el diván. Era joven, muy pintados los ojos y los labios. Demasiado brillante el rostro. Se cubría con un jersey verde y una falda negra que le ceñía las piernas mostrando las pantorrillas y un par de dedos del muslo. Si, aquella mujer decía a las claras lo que era, un ejemplar de la especie a la que había pertenecido la difunta Betty o Camelia.

—¿Petula?

—Sí, señor *Hacker*.

Jonathan cerró la puerta y se apoyo en ella.

Sonrió.

—¿Está sola?

—Puede comprobarlo si gusta.

—Con su permiso.

—Desde luego. Lo tiene.

Jonathan abrió una puerta y la impulso hacia adentro. Vio el cuarto de baño.

Luego echó un vistazo al dormitorio y finalmente a la cocina. No entró en ninguna habitación. Se dedicó a examinarlas desde fuera.

Vio a Petula con un humeante cigarrillo en los labios.

Caminó hacia el diván.

—Cuidado, señor *Hacker* —dijo la muchacha y sacó la mano de debajo del almohadón esgrimiendo una pistola.

—Sólo quería sentarme.

—Muy bien. Hágalo, pero póngase frente a mí.

Jonathan le dirigió una sonrisa y pasó junto al diván, dejándose caer en un sillón.

—Me ha sorprendido, nena.

—¿Sí?

—Es usted hermosa y bonita...

—Gracias, es usted muy galante. ¿Trajo los diez mil dólares? Eso es lo que a mí me importa.

—Sí, Petula. Traje el dinero —dijo Jonathan, aunque era mentira.

—Démelos.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué no hablamos tú y yo...? Estoy solo, mi mujer murió...

—Sí, ya sé de qué murió. Usted la mató.

—Era una maldita vieja... Una mujer sin ningún encanto... Desagradable... Su especialidad era la de fastidiar al prójimo, a mi antes que nadie... Estaba harto de ella, Petula.

La joven que se sentaba enfrente dejó la pistola a un lado del diván y atrapó el cigarrillo con la mano. Cruzó las piernas y la falda se le subió un poco más.

Jonathan *Hacker* admiró los encantos de la muchacha. Hacía mucho tiempo que él no había visto una mujer tan hermosa.

Si había llegado allí para matarla, estaba decidido a hacerlo, pero ahora pensó en que no había ningún inconveniente en sostener un romance con Petula. ¿Por qué no? Hasta podría llevársela a Europa. Al cabo de unos meses se las arreglaría para desembarazarse de ella. Eso era lo mejor para él. En la vida había que sacar el mayor partido de todas las situaciones.

—Petula, ¿tienes novio?

—No, señor *Hacker*.

—Deja lo de señor *Hacker*. Llámame Jonathan.

—¿Por qué? —dijo ella y entornó los ojos mientras dejaba escapar dos chorritos de humo por la nariz.

—Te voy a hacer una confesión, Petula. Me gustas mucho... La verdad es que me has dado una sorpresa. Me había forjado una imagen tuya, pero no acerté... Pensé que eras como una de esas... En fin, ya me entiendes.

—¿Cree que me podría fiar de usted?

—¿Por qué no?

—Mató a su esposa y a otras mujeres. Y como final de la serie, liquidó a Gordon y a mi amiga Betty.

—No, nena. Yo no maté a dos de ellas. Eso fue cosa da Gordon, aunque debo confesar que armé todo el plan.

—Gordon era su cómplice.

Jonathan *Hacker* se sintió lleno de optimismo. Era la primera vez que tenía oportunidad de que una persona supiese lo grande que él era.

—Todo nació cuando decidí matar a mi mujer. Sufrí mucho con ella... No te lo puedes imaginar, Petula... Sentía deseos de estrangularla cada vez que me humillaba..., y lo hacía varias veces al día... Resistí muchas veces la tentación de retorcerle el pescuezo... Pero no era mi esposa la única en despreciarme... Había otras personas... Todos sus amigos... Yo era peor que un gusano...

—Su mirada se perdió en un punto indefinido de la pared—. Les quise demostrar a todos que se equivocaban... Me creían un hombre torpe... Por eso decidí matarla desafiando al mundo entero. Y como representante de él elegí al hombre más inteligente de la policía, al teniente Mark Clyde. Gordon fue un magnífico colaborador... El hablaba con Mark Clyde por teléfono... Los confundí. Mientras yo estaba en la casa, Gordon hacía los trabajos... Gordon pudo matar a mi esposa, pero quise reservarme ese placer... No por nada del mundo habría consentido que alguien ocupase mi lugar en ese trabajo...

Hablaba entrecortadamente, jadeando, como si aquella joven estuviese al corriente de todos los detalles.

—Ya he vencido, nena... —De pronto pareció salir de aquel estado en que se había sumergido y fijó los ojos en la cara de la muchacha—. Ahora resulta que tú estabas enterada de la parte final de la historia. Soy un hombre joven y no mal parecido, Petula, y tengo dinero... Juntos podremos divertirnos mucho... ¿Te gustaría ir a Europa?

Una voz llegó por detrás de Jonathan *Hacker*:

—Usted no va a ir a Europa.

Jonathan saltó del sillón al tiempo que se volvía.

La puerta estaba abierta y dentro de la habitación había varias personas. El teniente Mark Clyde, uno de los policías que lo habían

estado vigilando desde el automóvil estacionado cerca de su casa y otro hombre y una mujer a quienes no conocía.

—Lo hemos escuchado todo, *Hacker* —dijo Mark Clyde—. Y éstos son mis testigos. Se los presentaré. Petula Holmes y Randolph Coleman, inquilino del apartamento número ocho de esta casa...

Hacker agrandó los ojos mientras se volvía a mirar a la mujer con la que había estado hablando hasta entonces.

—¿Quién es usted?

—Cynthia Fleming, periodista del *Star*. El teniente Clyde pidió mi colaboración y yo se la brindé muy gustosa.

Jonathan miró con ojos llameantes a Clyde.

—¿Por qué no me creyó...? ¿Por qué?

—No fue cosa mía, señor *Hacker*, sino de un psiquiatra. Gracias a él le di el mate en el quinto tablero.

* * *

Mark estaba construyendo su pagoda china con mondadientes.

Una mano fue a ayudarle, pero entonces la construcción se vino abajo.

—Oh, perdón, teniente.

Clyde alzó los ojos observando el rostro de Cynthia Fleming.

—Celebro que haya venido, señorita Fleming. Tenía que hacerle una confesión. Se puso en pie y ella parpadeó.

—¿Sí, teniente?

—Usted me sedujo desde el primer momento.

—Continúa, Mark...

—Bueno, yo... Creo que estaría dispuesto a casarme contigo, si es que estás de acuerdo.

Cynthia Fleming echó los brazos al cuello del teniente Mark Clyde y lo besó ferozmente en la boca.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).